

Entre vientres de papel

Yuván de J. Z. V.



Image not found.

Capítulo 1

Junio de 2004. Era verano en la ciudad de Nueva York. Una época que, de pronto, se vio truncada por un clima gélido y atormentador fuera de su hábitat. Un año para no olvidar cuando la violencia en la ciudad en su más férvido apogeo, evolucionaba a lo inexplicable.

Su corazón se quebró en miles de pedazos que cortaron las fibras de su espíritu. Creyó morir sin comprenderlo. Ocurrió cuando la mano derecha se posó sobre su vientre imaginario de ocho meses. Hasta ese entonces era real. De pronto, la voluptuosa esfera de carne portadora de un milagro, ya no lo era. No había feto.

No había más vida que su vida. No había señales de un orgasmo floreciendo en sus entrañas. Ni siquiera lo habitaba un maldito cólico.

Un grito onírico la arrancó de ese nefasto pensamiento, halando su cuerpo con fuerza para despertarla. Y un sudor frío corría por su rostro distorsionando sus facciones con el horror.

No pudo evitar llorar sobre su vientre. Todavía era una esfera.

Era la tercera vez que sucedía en aquella semana... ¿Tendría relación con la repentina ausencia de su novio Leonzo Estepia? Una desalmada premonición difícil de explicar le congeló el poco entusiasmo que le quedaba. ¿De qué se trataba?

¿Alguna conspiración?

¿Un demonio suelto y lejos de su hábitat atormentando cada noche?

¿Un disgusto celestial?

Si. Probablemente Dios estaba enojado con ella por alguna tontería. Una cómoda y oportuna excusa para justificar su fe quebrantada.

No. Prefirió hacerse a la idea de que era un maldito sueño sin escrúpulos por acostarse con el estómago lleno. Tenía sentido. Tres sucesos anormales para tres antojos a horas indebidas de la noche. Un organismo irritado es capaz de cualquier cosa.

¿Estaba segura, o quería hacerse a la idea de que era así?

Era preferible la primera sensación para desvanecer las culpas que amedrantaran a su pequeño Marcus. Ya lo había sentido demasiado

inquieto en su barriga.

Se santiguó como una consolación dando gracias por haber despertado. Un vaso con agua helada que tomó del refrigerador fue la evidencia, cuando le heló la lengua, puso a trepidar su cuerpo y hostigó su vejiga que la condujo al baño.

Igual que las veces anteriores, logró conciliar el sueño acompañada de Zior, que cuando tenía permiso de su ama, no titubeaba para subir a la cama y recostar su hocico en una almohada blanda y fina.

Capítulo 2

Légore abrió su bolso, extrajo el celular y se dispuso a llamar. Estaba en el lugar de la cita. El repentino aguacero la obligó a ingresar al museo de arte que lindaba con su espalda, donde florecía una fascinante colección fotográfica de cuerpos femeninos en gestación, con espectaculares imágenes en sepia, y a blanco y negro, que comprendía desde el umbral de la cadera hasta la parte terminal del cuello. Sin cabeza ni pies. Y al interior de cada vientre, se apreciaba la recreación maquinal del artista que cobraba vida al estar conectada al organismo a través del cordón umbilical.

La estructura tubular del cordón revestida de sangre, variaba su aspecto para cada atrevimiento fotográfico en gestación. Desde un cable de alimentación metálico, un sistema de acueducto, una tubería corrugada, una manguera de polietileno, el boceto de una arteria, de una vena, la rama de un árbol o el resplandor de un rayo. La conexión de cada objeto inanimado a la placenta, le daba vida al efecto explosivo de una bomba nuclear, a una ciudad en ruinas, un paisaje desértico, una fosa con cadáveres, una montaña de chatarra, un bosque talado, un montón de reciclaje o cualquier manifestación sombría y dolorosa, que las convertía en valiosas y llamativas obras de arte oscuro.

Los seres humanos tenemos un sentido natural de imaginar el horror como parte de nuestras vidas. No se nos dificulta imaginar hasta una horrorosa alegría.

Por efecto del invierno extremo de los últimos días, el museo experimentaba una soledad fría que narcotizaba hasta las ganas. Entre los pocos visitantes había un grupo de estudiantes universitarios, que por su aspecto particular y los útiles que cargaban, era fácil relacionarlos con la facultad de artes plásticas. La representación fotográfica del vientre recibió tantos elogios como críticas, al imaginar los pensamientos de su creador:

—Pienso... que el artista recreó un mundo de necesidades simbólicas carentes de emociones... —dijo uno de los estudiantes.

—Es una colosal obra de arte que pone de manifiesto la grandeza de la mujer como procreadora de todo lo que existe —expresó una mujer joven.

—Digo... que se evidencia la manifestación revolucionaria del hombre en una especie de impotencia por sentirse menos que la mujer, y es por lo mismo que desnaturaliza su capacidad maternal al recrearla con cuanto cosa inservible, inanimada y oscura exista —argumentó otra de las

estudiantes que rebatía la temática.

—Lo tendré en cuenta para la próxima exposición —dijo un extraño a sus espaldas que insinuó ser el artista.

Su voz se escuchó tonificada con acento grave. Usaba anteojos de sol en un recinto frío que opacó la lumbre. El accesorio visual dificultaba identificar la visión del fotógrafo avezado, cuando el aspecto no era tan evidente para describirlo.

Todos lo miraron.

La cámara fotográfica colgaba desde el cuello hacia su pecho, dispuesta para capturar el momento expresivo de una escena. El fotógrafo maquinó una sonrisa contraída al interior de su boca, que al cauce de los labios apenas llegó el débil garabato de un sarcasmo. Era una sonrisa en blanco y negro. Con ausencia de luz. Fue hasta cuando lo sedujo el comentario de la joven de aspecto alternativo que simbolizaba una especie de rebeldía en su expresividad corporal:

—La oscuridad también es vida —afirmó sin quitarle la mirada.

La apariencia antagónica del artista la cautivó. Vibraban en la misma frecuencia.

El fotógrafo dirigió la mirada hacia la joven. Lo que escuchó como lo que vio, fue de su total agrado.

Llevaba puesto un pantalón de cuero negro que delineaba perfectas las curvas tangenciales de la cadera, y se enclavaba en la cintura. La fina transparencia de la blusa gris, de seda, corta y sin mangas, resbalaba sutil desde la prominencia de los senos, que el frío del color, no remediaba las miradas atrevidas para quedarse corta por encima del ombligo. Un óvalo imperceptible, casi imaginario, que pálido, se extraviaba en la plenitud de la piel blanca como una mota de algodón sobre un lienzo... Fue necesario demarcarlo con un piercing de paladio plateado.

El pelo, atrevidamente desteñido, brillaba en las puntas con tonos brunos. Y en el rostro, resaltaba el labial negro que lucía sin miedo y sintonizaba con sus ojos oscuros. De belleza natural sin una pizca de maquillaje.

Los piercing de acero inoxidable en las alas nasales le daban ese estilo estético que ambientaba el rostro. La extraña interpretó la mirada del artista como una sutil insinuación posada a la altura del abdomen, interesado en hallar el origen de su belleza. Una sonrisa instigadora para su edad pero no tan inocente, se deleitaba con goma de mascar...

La seducción hizo que los demás se retiraran.

—Espérame afuera —le dijo a la joven que sonó como un mandato. El mismo que cumplió sin saber por qué. La mirada oculta detrás de los lentes oscuros obró como un efluvio magnético que pareció hipnotizarla. Antes de que se ausentara, él depositó la cámara fotográfica alrededor de su cuello.

Légore estaba distanciada de ellos. Exploraba sin afanes el salón que tenía la forma de una espiral cuadrada sin complejidades, y que daba la posibilidad de admirar las obras en los dos trayectos del recorrido. Era parte de la decoración y distribución del área. Sus ojos se deleitaron con el arte sombrío que por momentos avivó sus pecados, y consideró levantado de tono para su gusto emocional. Así lo manifestó con gestos de sorpresa y comentarios:

—Surrealismo y psicología en imágenes... confesiones del cerebro, represiones... culpas. ¿Qué más tienes guardado en tu cerebro? ¿Algún vientre con ideas filosóficas?

Pareció preguntarle al autor.

—Es una interesante sugerencia —respondió.

Légore se sobresaltó con la voz del extraño cuando sintió sus cuerdas vocales vibrando en sus oídos. Tenía la forma sonora de un zumbido de abejas asesinas.

—Disculpe —dijo—, no fue mi intención asustarla.

—No esperaba que alguien me hablara con tal cercanía. No lo vi llegar.

La palma de su mano dispuesta sobre el pecho, era un estetoscopio de cinco puntas que auscultaba con nitidez los latidos de su joven corazón.

—No acostumbro hacerlo. Me llamo Absalón.

—El Padre es paz —respondió

—¿Cómo dijo?

—Es lo que significa su nombre y acaba de darme un buen susto.

Ella sonrió con la ocurrencia. Él simuló una mueca.

Era de aspecto europeo, de barba escasa y delicada, alto, delgado y cabello abundante. Vestía un abrigo de invierno y gafas oscuras que le

llamó la atención.

Extendió su mano y congeló la mirada a través de los anteojos en los ojos asustados de Légore.

—Légore Zenal —respondió estrechando la mano.

El feto en su vientre pareció escandalizarse con el saludo, que debió soltar la mano para contraerlo.

—Creo que alguien también está molesto por el susto —agregó.

—Le hacía una ronda a mis fotografías y no pude evitar acercarme al visualizar su estado... y su belleza. Dos semanas para el octavo mes... Supongo.

Manifestó clavando la mirada en la perfecta esfera de carne.

Ese mismo día en la mañana durante la cita de control prenatal, la doctora Swana le dijo exactamente lo mismo. El cálculo preciso la intimidó que habría deseado salir despavorida. Prefirió controlar sus impulsos y entablar una discreta conversación.

—Gracias —expresó acariciando el abdomen—. No creo que tenga relación con su arte. Son fantásticas... pero acá... hay vida.

Señaló su vientre con las palabras.

—En las fotografías también —respondió.

—No veo cómo... Un cable telefónico de cordón umbilical alimentando las vísceras electrónicas de un teléfono. Un ducto de desechos que atraviesa toda una ciudad. Fetos de objetos inanimados... Nunca será lo mismo.

—¿No se ha puesto a pensar que el planeta tierra es un vientre y que formamos parte de él? Todos en lo absoluto. Vida o no vida.

Légore silenció. No dejaba de apreciar el rostro a medias del extraño, de quien sólo sabía su nombre, la obsesión por los vientres, el gusto por los anteojos oscuros en un recinto cerrado, y de quien se sintió atraída por el misterioso, adictivo y seductor tono de su voz.

—Antes del susto, creí escuchar que dijo algo sobre ideas filosóficas en un vientre. Permítame mostrarle.

Señaló una de las fotografías a pocos pasos de donde se encontraba.

Légore lo siguió.

—Filosofía del corazón, sabiduría del corazón, inteligencia emocional, razonamiento interino o simplemente: vida. Como quiera llamarlo —manifestó.

Légore observó la fotografía con detenimiento. Al interior del vientre había un corazón de naturaleza mecánica con aspecto reciclable que representaba el feto. Estaba alimentado por la vena aorta por donde circulaba líquido oscuro que se asemejaba al aceite quemado simbolizando el cordón umbilical.

—Tal vez piense que el corazón está deteriorado y que da la impresión de ser un pedazo de chatarra —agregó—. Y tal vez tenga razón si observa únicamente la fotografía. Pero una obra de arte no sólo se observa. Se interpreta. Por ejemplo... el simbolismo y la creatividad de esta fotografía en particular, dejan de manifiesto la grandeza de la mujer para crearlo todo, si desciframos con criterio todo lo que personifica el corazón.

—Creo que... ya alguien se adelantó... Dios —respondió con una sonrisa sarcástica que el extraño acogió con gesto malicioso.

—Interpreto que es usted una mujer radical —opinó.

Antes de que Légore diera respuesta, el celular del fotógrafo sonó.

—Disculpe. Que disfrute la exposición —dijo con tono abrumador.

Se marchó luego de que descolgara.

El garabato de una sonrisa en el rostro de Légore indicó que no estaba incómoda con su presencia. Pero aquella pregunta le dejó un sinsabor que incrementó cuando tuvo que guardarse la respuesta. Prosiguió observando el cuadro, y se le ocurrió intentarlo con los anteojos de sol que por fortuna cargaba en su bolso. Quería experimentar la misma sensación del artista.

—Es igual que no verlo —susurró.

El inquilino en su vientre le propinó un ligero puntapié que le amargó el momento, y por los gestos de dolor, lo sintió pateando el frontispicio.

—¿Podrías decirme por qué estás molesto?

Guardó los anteojos y observó el reloj en su mano izquierda. El extraño con nombre había desaparecido al fondo del salón, y no tenía la intención de regresar cuando se había despedido. Eso fue lo que supuso así la frase

no tuviera la forma de una despedida.

Dirigió la mirada hacia la calle a través de uno de los ventanales. La lluvia incrementó la intensidad y la tarde había adquirido el matiz de una noche prematura. Era la medianoche cuando en realidad eran las cuatro de la tarde.

Un nuevo mensaje de texto le indicó que su amigo se retrasaría otra media hora. No le hizo buena cara. Debió pensar que era un atrevimiento. Intentó llamarlo. No contestó. Ni siquiera el buzón tenía disponibilidad para otro mensaje.

Levantó la mirada y la dirigió hacia el fondo del salón con la esperanza de que la explicación a aquella aseveración hecha por el extraño, fuera escuchada. La necesidad de su voz actuó en su cerebro como una sustancia alucinógena. Lo vio marcharse acompañado de alguien y lo siguió a través del ventanal. Era la joven que lo sedujo con la mirada y la respuesta. Alcanzó a apreciar su rostro. Ya la había visto merodeando en el museo. Compartían el mismo paraguas que se confundió con otros a la distancia.

Retornó la mirada al interior, y se cercioró que nadie más estuviera cerca de sus oídos. Centró de nuevo el interés en la exposición. Pero había extraviado el orden que llevaba.

Fue entonces, que al dirigir la mirada hacia el extremo opuesto de donde estaba, se sintió atraída por aquella fotografía, que como una ninfa virginal en un burdel, la sedujo desde la distancia. Era la representación humana de una mujer sin cabeza, pero con una particularidad terminal en la cerviz.

No fue lo único que llamó su atención. La imagen deslumbraba al bordear el cosmos perfecto de un vientre desnudo. Por fin, la obesidad natural de un placentero orgasmo que echó raíces... Sin ningún efecto adicional, ni objeto inanimado, ni pensamientos ajenos, ni desgracia, solamente la frescura de imaginar una envoltura de carne sellada que rebosa de alegría, con millones de galaxias eucariotas dispuestas en un universo anatómico tejido con la filigrana de las células en la sabiduría ornamental de Dios. Lo que debe ser: «un ser humano en gestación».

Parecía un raro juego del artista. Lo que por naturaleza genética existe en un vientre, había que imaginarlo.

El cuello de la mujer finamente moldeado, tenía la terminación de un gancho de ropa metálico con recubrimiento óseo, dispuesto para ser colgado, dándole sentido al vientre que flotaría como un pequeño cosmos

en el espacio.

La fotografía del tamaño de un cuerpo femenino estimado en un metro con sesenta centímetros de estatura, parecía tener vida por la perfecta vistosidad y armonía en la gama de colores acromáticos sobre un fondo blanco. Perfectamente blanco. Sin color. La mujer estaba dispuesta sobre un sofá con los pies doblados y la cadera reposando en los talones. Fueron las fibras imanas de naturaleza maternal las que llamaron la atención de Légore, que se acercó con sigilo y mudez absoluta. Sus ojos agrandados por un mal presentimiento se clavaron en los detalles que le llamaron la atención y despertaron una especie de angustia. Los últimos pasos los arrastró con impotencia.

Continuaba acariciando su vientre.

De repente, también llovía en su cerebro con la misma intensidad que en la calle.

Al apreciar de cerca la fotografía, extendió la palma de su mano derecha queriendo sentir en el papel mate, lo que el sentido del tacto conocía en su organismo. Por un levísimo instante percibió el mundo atormentando en su interior, cuando tuvo la sensación de que aquel roce, lo hacía en su cuerpo.

Había descubierto las dos marcas que llevaba desde el nacimiento en su abdomen: el lunar ovalado de pigmentación oscura ubicado al lado derecho del ombligo, y la mancha acanelada que lo bordeaba en su hechura particular, como si se tratara de un tatuaje cremoso y ondulado. La marca de su creador...

Por la posición del cuerpo que dificultaba apreciar ciertos detalles, la línea alba parecía extenderse desde el pubis para atravesar el ombligo y llegar hasta el esternón, donde curiosamente culminaba en forma de ganchillo. El rasgo característico de una aguja para tejer. Quizá una en millones. Como lo insinuó su hermana cuando le mostró meses atrás. La recorrió con la mirada turbia jurando que aquella mágica sucesión de puntos le pertenecía. Dispersó la mirada sobre los senos abultados por el calostro, y descubrió algo más que ella conocía.

—¡Oh por Dios!

Fue su minúsculo rosario de protección.

Bastó dirigir la mirada trémula a la posición del cuello, donde el gancho metálico insinuaba una especie de muerte para sentirse atormentada. Tocó su cabeza insinuando que era la parte que le faltaba al retrato.

Se vio a sí misma en aquel cuadro. Un extraño y sobrenatural acoso le llegó de improviso. Miró a todas partes. Había pocos visitantes. Su miedo le indicó que la vigilaban... Salió del museo de arte en medio del aguacero, y atravesó la calle desafiando el peligro de los vehículos cuando intentaba detenerlos con su mano izquierda, mientras que con la derecha, sostenía su vientre de carne y agua. En cuestión de segundos parecía tragada por un mar.

No llevaba paraguas, y de haberlo llevado, no lo habría usado por la angustia de escapar. Los automóviles escandalizaban con sus pitos cuando cruzó de forma atrevida. Todos aceleraban menos uno.

El taxista se detuvo por obligación arañando sus piernas con el bumper. Se tragó las palabras al repararla en su estado.

—Por favor... por favor... Lléveme a la calle Washington del barrio Dumbo.

La observó empapada y afligida sosteniendo su vientre, que dedujo por los gestos en la cara un asunto de extrema urgencia. Lo que quizá no comprendió fue el sitio de destino cuando no mencionó un hospital.

Légore subió al vehículo.

Unos minutos más, y la ciudad de Nueva York con sus rascacielos, sus luces opacadas, sus miedos encubiertos y su dramático sonsonete de violencia en cosecha, fue engullida por la ferocidad del agua que la saboreó apetecida entre sus fauces. La voz del agua enmudeció con autoridad todos los clamores. Hasta su gimoteo.

Dio la última ojeada al celular. Igual agonizaba. Estaba a punto de agotar su batería. Lo guardó en el bolso y entrelazó los dedos de las manos que llevó a la frente, y luego retornó sobre su vientre mojado.

El taxista leyó su preocupación a través del retrovisor interno. Prefirió no decir nada, y a cambio, sintonizó un poco de música orquestada para apaciguar el espíritu inquieto de su pasajera.

Capítulo 3

Tan pronto llegó a su casa fue directo al bifet en la sala, sobre el que reposaba el teléfono. Le marcó a su hermana. Era la primera vez que obviaba el saludo y la segunda vez que ella no le creía. La primera tenía relación con el insólito sueño, que creyó un invento; una consecuencia emocional por la extraña ausencia de su novio. Debió insistir luego de enterarla rápidamente del suceso.

—Te juro, Analé, que era mi cuerpo el de esa fotografía. Las manchas en los senos, la línea alba con su forma particular que ya conoces, la mancha en el ombligo... Parecía que la hubieran tomado esta misma semana. Sólo veía mi cuerpo allí. Hasta imaginé mi cabeza en el cuello donde iba ese horrible gancho de ropa. ¡Era mi cuerpo! ¡Eran mis senos! ¡Era mi abdomen! ¡Era yo, Analé!

Hubo unos segundos de silencio para un suspiro. Mientras, intentaba desenredar el cabello mojado con los dedos de la mano izquierda. El agua corría por el antebrazo.

—Tengo miedo —concluyó.

—Debes calmarte —indicó su hermana—. Iré a recogerte. Organiza algo de ropa; amanecerás hoy acá, y... tal vez mañana vayamos al museo

—No quiero regresar allí.

—Debes hacerlo. Iremos las dos. Debe haber una explicación lógica, Légore. Los cuerpos se parecen.

—No con las mismas señales, Analé. Te digo que era mi cuerpo —insistía.

—¿Qué razón tendría el fotógrafo para obviar la cabeza?

—Que no sería una fotografía sino una obra de arte. No habría acusaciones...

—¿Acusaciones de qué?

—No lo sé... De pronto... relacioné las pesadillas de meses atrás con aquel sitio. ¡Tengo miedo!

—No te muevas. Ya voy en camino. Si te tranquiliza podemos continuar conversando hasta que llegue...

—Está bien.

Durante el trayecto el tema de conversación fue el anhelado Marcus.

Analé no demoró en llegar acompañada de su esposo. Lé gore la esperaba en la puerta de su casa cargando dos maletas: una pequeña que contenía la ropa de dormir y un atuendo para el día siguiente. Y otra abultada que guardaba ropa de bebé, pantuflas, pijama y elementos de aseo personal para uso en el hospital en caso de que el parto se adelantara. Estaba a dos semanas de iniciar el último mes y cualquier cosa podía ocurrir.

Zior quedó a disgusto con la decisión que no paró de ladrar. Ya era un caniche de seis años que compró antes de la muerte de su madre como un antojo para su edad. El perfecto acompañante que se convirtió en un estímulo necesario de afecto y de sosiego para soportar el suplicio de la enfermedad en su fase final. «Un tierno ladrido puede apabullar un cáncer». Fue lo que dijo y convenció a su hija menor. Desde su muerte, Zior se la recordaba y pasó a convertirse en su fiel acompañante.

—Mañana vendré a darte de comer, Zior —dijo Analé para consolarlo. Cosa que era imposible.

Durante el regreso la historia fue contada una vez más con los detalles que faltaban: el misterioso fotógrafo, los mensajes de su amigo, las llamadas al buzón, y el único cuadro de un vientre fotográfico entre una numerosa exposición que se apreciaba hermético con insinuación de vida humana, y que coincidía con las especificaciones genéticas de su cuerpo.

Antes de ir a la cama tomó infusión de tila para controlar el nerviosismo y la ansiedad.

—Procura descansar, Lé gore. Mañana antes del mediodía iremos al museo. Ya verás cómo todo tiene una respuesta lógica. Si me necesitas, sólo llámame.

Luego de un abrazo apagó la luz desde la pequeña lámpara dispuesta sobre la mesa de noche, salió del dormitorio y cerró la puerta. Meditó detrás de ella sin alejarse sobre lo acontecido. Se había convertido en el espejo de su madre que lo hacía de costumbre cuando eran niñas luego de despedirlas en el dormitorio. Había logrado convencerla de regresar a la exposición. Ella misma sentía una profunda curiosidad de ver el cuadro, que según su hermana, era la fiel copia de su fisonomía.

Luego de un profundo suspiro, dirigió su cuerpo casi gemelo al de su hermana en su anatomía, a la habitación donde la esperaba Andreu. Lucía cansada por la dura jornada de trabajo, y él tenía el remedio para sus

males.

Desde la cama... Lé gore insistió varias veces en llamar a Leonzo. Todas fueron al buzón de mensajes. La mejor opción para calmar el susto de una vez por todas fue descansar. Tapó su rostro con la colcha y susurró un padrenuestro...

El despertar del nuevo día llegó sintonizado de entusiasmo con una luz radiante que parecía nueva. Hacía más de un mes que no paraba de llover. Parecía la rosa nacida entre el rastrojo. Por fin la hoguera de la primavera se compadeció de los cuerpos para alentar sus espíritus. El celular vibrando sobre el nochero llamó su atención. Era el mensaje de batería baja. No había otro. Después del desayuno el ánimo fortalecido las alentó para organizarse con rapidez.

Al llegar al museo se dirigieron al sitio donde estaba ubicado el cuadro. Ya no existía. Lé gore creyó desfallecer.

—Estaba acá. Lo juro.

Lo repitió una y otra vez mientras recorría la espiral buscándolo. Analé la seguía de cerca. Era el único cuadro que faltaba de toda la exposición. Observó impaciente a su alrededor buscando al fotógrafo de los lentes oscuros.

—Debes calmarte, Lé gore —dijo su hermana—. Ven. Iremos a la administración... Se dirigieron al fondo del salón buscando la oficina.

Fue Analé la de la iniciativa en consultar cuando la sensibilidad de su hermana indicaba la alteración de su sistema nervioso.

—En qué puedo servirles —dijo la mujer de madurez notable con cuatro décadas de vida. Era de contextura alta y delgada de aspecto lechoso. La expresión artística en su rostro la delataba sin necesidad de hacerlo público. En la redondez de su cara se apreciaba la constelación osa mayor, con la distribución de dieciocho diminutos lunares marrones sobre un rociado de pecas claras, que por la infinidad, aparentaban la forma de una galaxia difusa de colores sepia sobre un cielo pálido. Lucía lentes recetados y el cabello corto. Y para festejar la claridad del día, vestía un conjunto formal y calzaba botas de cuero.

—Si. Gracias. Buscamos al fotógrafo de la exposición para preguntar por un cuadro en especial —explicó.

—Si. Soy Yo: Shaena Garaval.

Lucía un aire seductor en la voz, y tenía la apariencia de pintar la vida con el óleo centelleante de sus ojos verdes, convertidos en lentes para su

cámara profesional que colgaba como presea de su cuello estilizado. Era un pensamiento sobre el lienzo de la vida que formaba parte del más rimbombante paisaje hecho mujer. Única en su especie. La mirada y el buen ojo estaban en la cima de su talento artístico, tan notables como su belleza.

Légore la miró con rareza cuando su hermana a la vez la indagó con la mirada. Sus ojos se agrandaron y su corazón cogió otro ritmo. Tal metamorfosis no era posible. ¿Qué pasó con Absalón?

—Debe haber un error —intervino—. Buscamos al señor Absalón... El fotógrafo.

—No lo conozco —respondió la mujer—. Si se refieren a esta exposición: «Un vientre en cada cosa», yo soy la autora.

—Ayer conversé con él en horas de la tarde; vimos en especial un cuadro que ahora no lo veo.

—¿Qué cuadro?

—Era una mujer con el vientre cerrado... quiero decir... sin una representación artística en su vientre. Solamente el vientre materno... Tenía por cabeza un gancho de ropa que se extendía desde su cuello.

La mujer contempló su preocupación al verla suplicante hallar una respuesta lógica.

Lo siento —dijo—. No sé de qué me habla. ¿Está segura que este es el sitio en el que estuvo ayer?

—Claro que estoy segura —reclamó—. ¿Por qué tratan de ocultarlo? ¡Absalón! —voceó su nombre hacia la oficina y luego lo esparció hacia el salón dos veces más.

—¡Detente!, Légore —clamó su hermana.

—Jamás he recreado el cuadro que ella ilustra —explicó Shaena—. Es la segunda vez en tres años que expongo en este museo. Y la primera vez que manejo la temática de la maternidad con elementos inanimados. Todas las fotografías representan un vientre ambientado con objetos, paisajes sombríos, desolación, etcétera. Quiero simbolizar que mientras haya una conexión con el vientre materno, siempre habrá esperanza para todo. No pinto vientres con bebés... porque la esperanza de vida viene de Dios. Se supone que ese es su medio natural para llegar a nacer. Lo demás es resultado de la mano del hombre.

—¡Miente! ¡Por qué miente! ¡Absalón! ¡Absalón!

Había quedado adicta al timbre de su voz.

Recorrió el museo en su distribución vociferando el nombre y gimoteando. Analé continuaba detrás de ella. Los visitantes la miraban inquietos abriéndole paso.

Fue necesario que el vigilante interviniera...

—¡Yo te creo, Légore! ¡Mírame! Te creo. Pero debemos pensar qué pudo haber ocurrido —manifestó su hermana tomándola de los brazos.

Dio un giro para manifestar su enojo.

—¡No! ¡No me crees...! Puedo leerlo en tus ojos... Me iré a casa.

—¡Espera! ¡Légore!

Las últimas palabras de su hermana fueron desechadas. Se aferró a su vientre para sentirse segura, caminó rápido hacia la puerta de salida y luego de salir del museo tomó un taxi.

Durante todo el trayecto Analé la llamó al celular sin obtener respuesta. No le duraría mucho tiempo la rabieta. Aunque en verdad, el enojo era lo de menos. No estaba molesta con su hermana. La experiencia vivida le había dejado una pesadumbre en el organismo que se asemejaba a un enorme miedo. Tenía la forma de una jaqueca. Un dolor abdominal. Un punzón en el pecho. Un... no sabía qué.

Cómo no sentirlo después de lo ocurrido. Divagó por un momento luego de dar la última indicación al conductor.

Llegó a su lugar de destino.

«Debe ser cosa del diablo». Fue lo último que se le ocurrió pensar después de bajar del taxi.

Se sintió extraña al creer escuchar una respuesta de aquel en su interior, que giró la cabeza para desmentir que estaba sola.

No había nadie.

Ya se estaba manifestando.

¿Quién?

Capítulo 4

Habían transcurrido cinco días sin señales de vida de Leonzo. En otras ocasiones se había ausentado por motivo de su empleo, pero no de la extraña forma en la que ocurrió: el día de una cita. El buzón de su teléfono había llegado al límite. A cambio de una noticia esperanzadora, Légores debió soportar el viacrucis de un anónimo que llegó con el correo.

«Está muerto». Quería decir el mensaje que envió a su hermana luego de leerlo, y que por la angustia redactó mal, pero ella interpretó bien. Dedujo que se trataba de Leonzo. De inmediato fue a su casa. La halló doblegada sobre la cama en un drama triste que la contagió, cuando igual creyó escuchar el llanto nacido desde el vientre. La cubrió con sus brazos por un breve momento. Luego, retiró el papel arrugado y bañado de lágrimas que sujetaba con su mano derecha. Lo leyó:

«No lo esperes más... falleció en un accidente cuando intentaba tomar algunas fotografías. Lo siento mucho».

Era un mensaje corto que significaba lo que quería decir.

Se supone que la acompañaría a comprar ropa para el bebé el día accidental de la visita al museo. Nunca llegó, y cinco días después, estaba muerto.

En su corta relación sentimental de nueve meses jamás supo sobre su familia y amigos. Fue un tema que no quiso compartir y que ella respetó. Significaba que el hijo que esperaba no tenía a nadie más. Sin embargo, en medio de la tragedia, se esforzó por averiguar sobre él con la única información que conocía: su profesión de fotógrafo. Pero nada apareció en los medios, en los periódicos, la web, la policía, la registraduría, compañías de seguros, el Estado, hospitales... Ninguna empresa de comunicación social conocía a Leonzo Estepia. Ni siquiera en las redes sociales se mencionó el comentario anónimo de su muerte. Otro misterio por resolver.

No había cadáver.

No existió en vida.

Debió pasar otra semana para hacerse a la idea que era cierto lo del cadáver, porque para ella sí existió, cuando era el padre del hijo que esperaba.

Su hermana Analé se ofreció en ayudarla para distraerla. Aquel día irían juntas de compras para el bebé, luego de la conferencia internacional sobre «la pandemia de la violencia», realizada en el hotel Zíndor donde

ella laboraba. Le había conseguido un pase de cortesía.

La interesante temática sería abordada desde la espiritualidad, para ejercitar en el público la sensibilización al rechazo de la violencia, luego de una escrupulosa radiografía de sus males en el contexto social. Esperaba que le ayudara a su hermana menor a calmar los nervios. Ya eran tres las causas de su alteración: el insomnio, los malos sueños durante los últimos días, y la ausencia irremediable de su compañero sentimental que anunció el anónimo. La dolorosa sensación estaba demasiado reciente como para sobreponerse, y no lo lograría con facilidad debido a su estado prenatal.

Sabía que sobrevivir ese duelo estando embarazada, era una larga invocación de dolor y miedo por días sin término. Tarde que temprano, tendría que revivir su muerte cuando el hijo hiciera la pregunta.

Llegó a tiempo y se ubicó en la parte final del auditorio en el extremo izquierdo, cerca de la puerta de salida. Así tendría la facilidad de ausentarse las veces necesarias sin importunar a nadie. Por su avanzado estado y la generosidad de su útero al ejercer presión sobre la vejiga, cualquier cosa podría esperarse.

«Es pues, la libertad de conciencia, la insignia personal del ser humano, que por su naturaleza sediciosa, cuando obra de manera independiente a los designios de Dios, puede desviar el itinerario de las almas débiles y hacer que rechacen su existencia». Dijo el arzobispo Zardoli de la arquidiócesis de Baltimore del Estado de Maryland.

«...La violencia es el fármaco del insomnio y la revolución del mal, por el que hasta dormir... da miedo. La iglesia repugna su existencia desde el mismo vientre».

Fue la frase final del arzobispo Zardoli en el cierre de la conferencia internacional, con la participación de obispos y arzobispos católicos de los Estados Unidos y algunos invitados de Europa. La ciudad de Nueva York fue proclamada como la sede en esta última versión de la conferencia. Tenía sentido, ante la candente problemática de la ciudad que ovacionaban los medios de comunicación. Fue abierta por primera vez al público, para debatir sobre el ranking de las ciudades más violentas del mundo. Según el último reporte elaborado por la Organización de Estados Americanos.

El clero estaba lejos de imaginar, que por obra y gracia de su debilidad humana, se convertirían en el candil inspirador del síntoma que cuestionaban.

Día a día, los medios de comunicación desperdigaban la noticia del síndrome de la violencia, como partículas invasivas que pronosticaban una era interminable de infortunios, al escandalizar en los titulares de los

periódicos, las estaciones radiales y páginas web, como el mensaje más fatalista de todos los tiempos. Aquel que revelaba el dramático incremento de la tasa de homicidios. Y por desgracia, involucraba a países y ciudades que antes gozaban de altos índices de seguridad y bienestar.

El impacto de la nueva plaga no era un asunto bíblico. Pero sí, una profecía ya cantada por la soberbia del poder nacido de la potestad del libre albedrío. Un asunto ecuménico que invadió el espacio para deleitar en los oídos del mal, que desde tiempos inmemoriales trabajaba en sus planes, y por enésima vez, veía próximo el reinado sobre las apetecidas almas de la humanidad.

Los aplausos brotaron como capullos de hostias en cosecha. Era tiempos difíciles.

El final de la conferencia clerical, incluía: bocadillos, pasabocas, y bebidas rociadas de bendiciones para deleitar el paladar, amoldar la lengua a las adulaciones, las críticas y los inciensos verbales cuando todos departían en el salón de convenciones.

La orden estaba dada por el «Mensajero»... El sacerdote elegido acechó el momento para increpar a la víctima.

El arzobispo, como todo ser humano, también le rendía culto a su vejiga hiperactiva, a la que atendía con la misma frecuencia con que oraba. Una necesidad que la terapia espiritual no lograba controlar ni proporcionarle alivio. Ya era un asunto médico que por el envejecimiento, se había convertido en una molestia permanente. Tenía los mismos setenta y cuatro años que su cuerpo.

El eclesiástico no visionó que esta molestia en su sistema urinario, fuera la causa de su muerte un día cualquiera que, en lo absoluto, no tenía relación alguna con su enfermedad, y menos con su organismo.

El victimario ya sabía de su situación. Lo esperaba en el altar de las micciones seguro de que iría.

El arzobispo ingresó apurado. Se había extralimitado en el tiempo con el discurso, cuando conocía perfectamente los horarios de su vejiga. No hubo interrupción para el placer de vaciarla que le causó algunas muecas por el ardor.

Fue entonces que ocurrió cuando lavaba sus manos.

—Felicitaciones, monseñor Zardoli —dijo el sacerdote con aire delirante ubicado detrás de su espalda. En el acto, lo sujetó del cuello para

inmovilizarlo, cuidando de sellar su boca con la mano izquierda—. Un conmovedor discurso que ninguna amnesia hará olvidar. Esa frase final fue bastante elocuente —le susurró al oído—: «La iglesia repugna su existencia desde el mismo vientre» —repitió—. Le diré un secreto, Monseñor: esa puerta atávica y carnal sufrirá algunas modificaciones para la venida del hijo del mal. Reclamará lo que es suyo en la tierra. Su sacrificio será el mensaje de que viene en camino.

Deslizó la mano izquierda con fuerza hasta el mentón, y lo obligó a abrir la boca para introducir con rapidez una píldora de cianuro de potasio, que ubicó entre los molares desgastados del lado izquierdo. El victimario lo obligó a presionar con fuerza la mandíbula para triturarla. La resistencia de la víctima por consumirla cuando no había sido medicada, por poco le disloca el maxilar, que un sonido gutural y arrastrado entre los tejidos oxidados de su garganta, se escuchó moribundo. El lamento fue insuficiente y débil para evitar lo inevitable.

—Lástima que no pueda contarle —añadió.

Todo aconteció en un abrir y cerrar de ojos. Pero el arzobispo Zardoli, lo experimentó en un siglo de vida comprimido en un minuto. Así lo manifestó la expresión de su rostro, que padeció un dolor distinto por cada uno de los mil Jesuses en ese minuto de agonía; mientras, era amordazado por la mano siniestra del sacerdote descarriado, donde habitaba el alma del demonio que laceró su boca al cubrirla.

El dolor mudo del arzobispo se convirtió en un hematoma letal espiritual y veloz, que penetró la profundidad de su organismo hasta tocar su espíritu, y lo descarnó con la intención punzante de su victimario.

El cianuro había hecho su tarea.

No tuvo tiempo de implorarle a Dios.

Lo recostó en uno de los muros y lo dejó caer con facilidad hasta quedar sentado, con los pies estirados y la vejiga cómoda. La papada descansaba sobre el pectoral que quedó recogido para cubrir a Cristo dolido por el sacrilegio.

Resaltaba la obesidad que lo hizo ver como un monje en estado de meditación simbolizando la abundancia. Tenía la cabeza rapada y brillante en el centro con opulencia de canas bordeando las orejas. La angustiada sequía del amor las arrancó en el último año.

El victimario cerró sus ojos que abrió al siguiente segundo, después de meditarlo en su cerebro estacionado en el tiempo. Organizó su sotana negra y retiró el anillo pastoral de su dedo anular derecho luego de darle

un beso en la mejilla.

Se habían acabado sus dolencias orgánicas. Pero se marchó con la más dolorosa molestia: un espíritu atribulado por la traición.

El sacerdote se retiró los guantes de látex y los introdujo en el bolsillo izquierdo de su pantalón que cubría la sotana. Se dirigió al salón de convenciones, tomó un bocadillo, una bebida, fracturó una oración entre los dientes, se acercó a una mesa ovalada cubierta con un mantel blanco, recogió un boletín informativo de la temática tratada y se dirigió a la salida del salón.

Al pasar por la puerta del lugar cruzó la mirada enlutada con Légore que estaba distanciada un par de metros, y aprovechaba el tiempo leyendo uno de los boletines antes de encontrarse con su hermana a la salida del hotel. Se supone que irían de compras luego de la conferencia. Un repentino dolor de cabeza apareció como si hubiera sido transmitido por la mirada eclesiástica de los ojos oscuros. Mandó sus manos para sostenerla, y con las yemas de los dedos: índice y del medio de cada mano, masajéó la sien en los dos lados.

Las contracciones del bebé en su vientre la hicieron estremecer. Pareció indicarle que había padecido los mismos síntomas. En cuestión de cinco minutos el dolor había cesado. Pero uno nuevo y ajeno comenzaba...

Los gritos se escucharon desde el baño cuando un grupo de clérigos lo frecuentaba. Las voces se convirtieron en imanes de sogas que agarraron a otros del cuello para llevarlos hasta el lugar. Las bebidas y los pasabocas se vieron interrumpidos. De pronto, el baño se había convertido en un confesionario fisiológico con turnos de espera. Estaba inundado de clérigos. Aquellos que conocían la enfermedad del arzobispo Zardoli lo imaginaron en un plan de emergencia. A ninguno se le pasó por la cabeza que la vejiga ya era parte de un fantasma.

Desde sus ojos abiertos en los que creyeron leer la sinopsis de la tragedia, el drama aparentaba ser la crónica de una muerte anunciada. No hubo uno sólo de los eclesiásticos que después de verlo se abstuviera de recrear el suceso de su muerte con los pecados de los fieles atrapados en su conciencia. Cada quien tenía una historia distinta. Y aquellos que no lo vieron en el retrete, se la imaginaron.

Los susurros y los afanes se encarnaron en todos los presentes. Eclesiásticos, empleados y asistentes a la conferencia iban y venían por los corredores. Y entre ellos, de nuevo el sujeto de la mirada enlutada. Parecía ir directo a Légore, que luego de superar la casual cefalea y de consumir un par de bocadillos y un refresco, se había dirigido a la puerta de salida para esperar a su hermana. Lo vio venir erguido. Aquella mirada proveniente de dos brazas de carbón la atormentó de nuevo. Una vez más

masajeó sus sienes. Y una vez más sintió que el miedo también fue interino.

—Debes irte, Légore. Toma un taxi —le dijo su hermana que apareció de improviso.

—¿Qué ocurre, Analé?

—Dicen que el arzobispo Zardoli está muerto. Lo encontraron en el baño. No demorará en llegar la policía. Y no es bueno que estés aquí en tu estado.

—Ya terminaste tu trabajo, Analé. Vamos.

—No puedo. Ninguno de los empleados puede salir. Es la orden. Te llamaré cuando esté en casa. ¡Vete! ¡Vete! Ahora mismo.

—Está bien. Está bien. Ya voy —respondió con descontento.

Luego de un abrazo se marchó. Las compras del bebé quedaron para un próximo día. ¿Cuál?

El hotel fue cerrado a la espera de la policía que no demoró en llegar.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, Analé le comentó a su hermana los pormenores del fatídico suceso que se prolongó hasta la amanecida.

Por la importancia del difunto, en el plano material, se dio la participación de la comisión judicial, medicina forense y diócesis. En el plano astral, debieron abundar los curiosos, incluyendo al muerto. La diligencia del levantamiento incluyó: planimetría, investigadores y fotógrafos. Muchos de los laicos que participaron de la conferencia ya se habían marchado sin enterarse del suceso. Era lo que se suponía.

El asesinato del acreditado arzobispo puso de moda el concepto del rigor: la policía escudriñaba en las cabezas de los empleados con rigor. El grupo de eclesiásticos también debió soportar el rigor con la solicitud de alguna confesión. Y durante las horas invertidas, nada se escapó ante el rigor mortis. Ni la vejiga deteriorada del arzobispo, que debió convertirse en una vasija de barro cristalizado atestada de fisuras. Ni su mirada perdida que quedó atascada y fría en una vértebra del tiempo. Ni el último pensamiento muerto que se fosilizó con los rumores. Ni los pecados de los feligreses, que quedaron empaquetados en un bloque rígido y psicológico más pesado que el metal.

La noticia cogió vuelo por varios días, fragmentada en un torrencial de suposiciones que los periodistas adaptaron en un colaje de historias maquinadas. La iglesia se pronunció. El mundo se pronunció. Y hasta el diablo lo hizo el mismo día del asesinato. Pero sólo dos personas lo percibieron sin darse cuenta. Una de ellas, era un feto.

Por fin, uno de tantos noticieros lo divulgó de forma oficial:

—El índice de violencia ha incrementado sorpresivamente durante el último año. Esta semana en la ciudad de Nueva York, de forma sarcástica, mostró su horripilante intención con la muerte del arzobispo Zardoli del Estado de Maryland, tras ser hallado muerto en los baños públicos del hotel Zíndor donde se realizaba la conferencia internacional sobre «la pandemia de la violencia». Se presume su asesinato luego de que ingiriera una cápsula de cianuro de potasio. Las conjeturas sobre el «suicidio» que algunos supusieron luego de su conmovedor discurso, en el que aseguraban, había evidencias emotivas para considerarlo, fueron rebatidas por la iglesia y la familia, al descubrir la desaparición del anillo pastoral de su mano...

»El día de hoy, el médico forense encargado del caso, dio a conocer los resultados de la autopsia con evidencias científicas que confirman la existencia de un homicidio, concluyendo en que el patriarca de la iglesia católica, fue obligado forzosamente a ingerir la píldora. El superintendente

del Departamento de Policía de la ciudad, manifestó, que se trató de una muerte elaborada como para ser relacionada con un simple robo. La noticia ha creado conmoción mundial y ha hecho que el sumo pontífice se pronuncie:

«...El mal merodea en todas las fronteras de la existencia, y hoy pretende desencajar a la iglesia de la humanidad para dejar huérfana la voluntad de Dios, como quien arranca la columna vertebral del cuerpo humano».

Fue el final de la grabación del discurso desde el Vaticano.

Prosiguió la comunicadora social:

—El gobernador de la ciudad de Nueva York, calificó el asesinato como el peor de los oprobios del siglo veintiuno que ratifica el fortalecimiento de la violencia, y la impotencia de los Estados por someterla. Sus palabras durante el sepelio fueron las siguientes:

«No puede haber más mezquindad que nos apabulle que atentar contra los ministros de Cristo. Esto es tanto como crucificarlo de nuevo».

—La única verdad existente es que el grado de maldad ha llegado a la cúspide... ¿O será este suceso el mensaje de una nueva letanía de tragedias que enlutarán a la humanidad? —ultimó la periodista.

Fue el final de la noticia sobre la muerte del arzobispo. Al menos por aquel día.

El padre Milson sorbió la taza de café saboreándolo con un ligero malestar que se quedó estampado en su rostro. La noticia lo había condolido desde que escuchó el primer rumor, y todavía no lo asimilaba.

—Creo que a buena hora me retiré, amigo mío. Aunque Dios sigue siendo lo primordial en mi vida —expresó al escuchar la opinión del Papa en el noticiero—. La vida clerical ya no es igual, hay demasiada tensión social para un corazón obsoleto y enfermizo.

—No tiene sentido cuando te interesas en los fenómenos paranormales —opinó el eclesiástico que lo acompañaba.

—Se trata de un pasatiempo: "Curiosidad y lectura". Aunque mi corazón no falla precisamente por el estrés. Bien sabes que es un problema

hereditario.

—En ese caso... es preferible un corazón enfermo que resentido. ¿No lo ve así, padre? —comentó.

—Ocurre algo, padre Loenzo —preguntó inquieto.

—Hablo del corazón del victimario. La noticia...

—Buen susto me diste. Pensé que estabas decepcionado con tu vocación.

—Para nada, padre. La equivocación habría sido no seguir los preceptos del corazón, cuando se tiene la fortuna de ser joven y tener las ideas claras al tiempo.

—Las bendiciones no son fortuitas, hijo, llegan por alguna razón
—concluyó el padre Milson.

Pero luego de otro sorbo reanudó la conversación.

—Las maldiciones tampoco son gratuitas. Conocí en persona al arzobispo Zardoli. Un hombre justo y venerable que a mala hora le llegó la muerte cuando estaba a escasos dos meses de jubilarse. Una extraña muerte. ¿No crees?

—Ya nada es de extrañar, padre Milson. El mundo anda al revés...

Lo miró directo a los ojos sin opinar.

Luego de tomar el café, el padre Milson se despidió de su compañero, el padre Loenzo, que decidió irse más temprano que de costumbre. Eran amigos desde hacía diez años al compartir la misma parroquia. Acostumbraban reunirse una vez al mes para platicar y tomar café en el Jack 's coffee de la calle 10. Se había vuelto costumbre desde que le fue otorgada la jubilación debido a su enfermedad cardíaca. Pero aquel día, la invitación fue en la casa del padre Milson debido a unas arritmias inoportunas que lo estaban aquejando.

Por más que sonara raro, había variado el menú de su vida espiritual dejando de lado las responsabilidades pastorales para interesarse en la comprensión de los fenómenos paranormales. Un raro y desatinado pasatiempo para un corazón enfermo; más que incomprensible, que si bien no le otorgaba molestias a esa delicada entraña, tampoco le brindaba beneficios.

Estaba próximo a darse cuenta.

Capítulo 6

Era de noche. Cerca de las siete. Había perdido el apetito y el sosiego. Se dirigió al dormitorio sin una pizca de sueño pero con una tonelada de incertidumbre.

No había planeado estar sola para educar a su hijo, y tener que sortear los apremios del amor y del dolor cuando la asediaran en sus múltiples manifestaciones. La supuesta muerte de Leonzo, la muerte de la espiritualidad con el despertar del crimen que se trató en la conferencia a la que asistió, y la muerte del arzobispo Zardoli, ya eran tres tragedias, como tres torturas eficaces y altamente nocivas habitando en su cerebro, que para su maternal estado tenían inquieto a Marcus.

Sentada al borde de la cama luego de quitarse el calzado, fue retirando cada una de sus prendas. Hasta se soltó el cabello que escurrió sobre sus hombros como filamentos de fibra... El tinturado rubio blanquecino le daba esa particular textura.

Se dirigió al espejo de cuerpo entero insertado en el tocador de madera para observar la magnificencia de Dios al crear su cuerpo. Se paró frente a él, que no dudó en apoderarse de sus formas. Estaba complacido de albergarla en su alma. La frescura de su rostro oblongo lucía opacada por las recientes preocupaciones. Fue la falta de amor en el último mes lo que hizo que sus ojos grises perdieran el brillo. Después de un largo minuto de intentar descifrar el acertijo oculto en su rostro agobiado, la mirada inquieta comenzó su recorrido.

El cosmos esférico de su vientre carnal lucía esbelto y sonrojado. Ya era un mundo de ocho meses con demasiadas galaxias para explorar en su interior. Abajo, en el sensual origen donde la moralidad resbala seducida por un pensamiento ajeno y atrevido, el panty blanco de algodón suave y delicado cubría el umbral del placer y de las culpas.

Apreció con claridad la línea alba emergiendo desde el pubis; la misma que imaginó en aquella parte en la fotografía. Hizo el mismo recorrido frente al espejo guiada por las yemas de los dedos índice y medio de su mano derecha. Atravesó el ombligo sin detenerse. Y finalmente, su ansiedad dio un salto hasta la dimensión del pecho donde dispersó la mirada sobre los senos que lucían igual de abultados a aquellos de la fotografía; las tres manchas avistadas sobre ellos, dos en el seno izquierdo y una en el seno derecho, también coincidían. Era herencia de su abuela materna.

Aunque era sorprendente el parecido físico con su hermana, ella no las

tenía.

Dejó caer la mirada hacia el ombligo que resbaló en su diminuta depresión recordando los detalles... Rosó con agrado la mancha oscura que lo bordeaba, y fue esta última sensación la que le indicó que aquella fotografía expuesta en el museo, era un espejo de su cuerpo.

Lo cubrió con la batola para no atormentarse más.

La presencia de Absalón llegó casual a su cerebro para hacer daño. « Dos semanas para el octavo mes...». Todavía la intimidaba el cálculo preciso del desconocido.

Nunca fue amante de los números cuando estudiaba, y menos cuando dejó de hacerlo. «Son una macabra tortura china», le dijo una vez a su hermana refiriéndose a ellos cuando le recordaban: el tiempo de abandono de su padre, los años de sufrimiento de su madre durante el desamparo conyugal, los meses de padecimiento durante la enfermedad, la edad a la que dejó de existir, el tiempo transcurrido desde su muerte, las fechas de los cumpleaños sin celebrar, la edad que tenían ella y su hermana cuando quedaron huérfanas, y hasta el número de los consejos antes de morir... que fueron tres.

Un suspiro más pesado que su abdomen le despertó un dolor inédito y original, que la hizo llorar al recordar la cuenta de los días en que Leonzo había desaparecido de sus vidas. Lo suspiró hasta quedarse dormida.

No sospechaba que los trágicos números seguirían rigiendo su destino. Estaba próximo a acontecer.

El celular la despertó a la hora indicada. Entre dormida, Légore estiró su cuerpo con tal facilidad que su cerebro aún aletargado no lo comprendió. Sobre la mesa de noche al lado de la cama, contiguo al celular, estaba la lámpara. Reguló la intensidad de luz desde el interruptor para que no fastidiara en sus ojos. Bajó de la cama y se dirigió al baño.

Zior que había dormido en su pequeño colchón esponjado en el mismo dormitorio, no paraba de ladrar.

—Ya, Zior. Basta —dijo con autoridad.

Tan pronto salió del baño, gimió y ladró con más fuerza.

—¿Qué te pasa, Zior, vas a asustarlo.

En el momento en que llamaba su atención, Légore mandó su mano izquierda al abdomen que permanecía totalmente plano, como estuvo antes del embarazo. La holgada batola se desinfló con el impulso.

—¡Oh por Dios! ¡¡Por Dios!!

Esta vez no era un mal sueño... Era una terrible pesadilla en estado de vigilia.

Corrió a buscar el interruptor en la pared para tener más claridad.

Recogió desesperada la pijama hasta la altura de su cintura, sin que su abdomen revelara indicios de alguna gestación. Lucía virginal, sin el más leve y tormentoso placer de una insinuación de vida. Ni siquiera la fresca existencia de la línea alba alargada desde el pubis hasta el esternón, que buscó con ansia con sus ojos y sus dedos.

Disfrutaba observarla todos los días.

La entusiasmaba el hecho de que su cuerpo en embarazo, era como un mundo asemejado al globo terráqueo con sus líneas imaginarias. Bastaba con que una sola se notara. Y ahora no estaba. El calzón de seda que cubría el altar de sus genitales lucía salpicado de insignificantes gotas de sangre que vertían desde la vagina. Demasiado pocas para imaginar un parto. Pero suficientes para creer que algo ocurrió en su vientre.

—iiiMarcus!!! —gritó desesperada, que la intensidad de la voz se elevó a la enésima potencia matemática.

Corrió hacia la cama con la esperanza de encontrarlo entre el cobertor, y el miedo de verlo asfixiado. Las mismas gotas de sangre sobre el panty estaban plasmadas en la sábana que cubría el colchón, como la sagrada evidencia de un suceso insólito e incomprensible. El resto de la ropa de cama lucía impecable contradiciendo cualquier insinuación fatídica.

Los gritos lanzados al aire retornaron cercenando su juicio, que corrió por toda la casa en su búsqueda moviendo muebles y levantando cortinas, como si ya fuera un infante jugando a las escondidas. Había olvidado que en las cuentas de la doctora Swana, tenía ocho meses cumplidos. Retornó a la habitación y al mirar debajo de la cama, se abalanzó frenética para agarrar la correa de Zior hecha de nylon, que lucía oscura por el uso, y que debió confundir con el cordón umbilical, aquella correa de vida hecha de arterias y venas que alguien desaseguró de su organismo cuando aún no era tiempo.

La enrolló entre sus manos y golpeó el piso con ella.

No dejó de gritar su nombre.

Zior, que acostumbraba a saltar cuando su ama cogía la correa, corrió a esconderse al interpretar su ira. Durante la noche se oyó ladrar, y Légore cubrió su cabeza con la almohada para impedir que sus quejidos le quitaran el sueño. Tal vez fue testigo de lo que ocurrió sin que su ama comprendiera el mensaje.

Un día antes lucía esperanzada de su nueva condición, y ahora tenía el aspecto hipocondríaco que con gusto la conduciría a la muerte. Cuando un destello de juicio la hizo reaccionar, tomó el celular para llamar a su hermana.

Olvidó que estaba molesta con ella.

Analé tomó el celular que repicaba en la mesa de noche y contestó desde la cama.

—¿Légore?, ¿pasa algo?

No era una hora cotidiana para una llamada normal. Por el avanzado estado de embarazo dedujo que requería de ayuda médica. Pero no la que recibiría.

—Légore. ¿Estás ahí? —insistió, cuando un suspiro tormentoso insinuaba una especie de interferencia.

—Marcus... ¡ya no está en el vientre! —dijo sollozante.

—¿Qué quieres decir? ¿Ya nació?

—¡¡Me lo robaron del vientre!! —vociferó con fuerza y angustia, que su hermana imaginó una cesárea en estado de conciencia y en cuestión de segundos, como quien abre un bolso ajeno para hurtar algo valioso.

—¡Oh por Dios!

El teléfono se desprendió de su mano cuando la noticia lo convirtió en una braza candente de dolor que le quemó la palma...

—¿Qué pasa, Analé? —preguntó Andreu que entrevió su reacción recostado a su lado, aún cegado por el sueño.

Desde el piso el celular indicaba el final de la llamada.

—Es... Lé gore. ¡Le robaron el bebé!

—¿Cómo que lo robaron? ¿Cuándo nació?

—No lo sé. Fue lo que dijo.

La extraña noticia los levantó de la cama.

Capítulo 7

Anabel estaba en lo cierto. Lé gore se resistió a quedar hospitalizada cuando no había una situación médica justificable para retenerla. Ya habían sido complacidos con los exámenes médicos y de laboratorio para intentar descifrar el enigma del alumbramiento. Los síntomas síquicos de su dolor obedecían a una razón natural propiciada por la extraña pérdida. Ya la doctora Swana lo había prescrito sin que fuera esa su especialidad médica.

Al salir del hospital, fue conducida en silla de ruedas hasta el parqueadero. En ese trayecto su cerebro se envenenó de pensamientos enfermizos cuando escuchaba gemidos, veía a los enfermeros correr por los pasillos, y mujeres embarazadas deambular arrastrando los pies y sosteniendo el vientre. Los sedantes evitaron que fuera tras alguna buscando a Marcus.

Retornar a su casa no era conveniente cuando fue allí donde perdió a su hijo sin saber cómo. Y la casa de su hermana no estaba como prioridad así no lo haya preguntado.

Analé la acompañó al Departamento de Policía para denunciar lo sucedido. El agente que recibió la denuncia, de inmediato la escaló a la oficial especializada Eminda Salas por la rareza del asunto. Durante media hora la oficial Eminda la escuchó con detenimiento y soportó sus lágrimas. Ni siquiera espabiló sus emociones para mostrar agrado o desagrado; era algo que la caracterizaba en su profesión. Tenía el corazón saturado de violencia y mimetizado de tribulaciones ajenas. Igual que propias. El no emitir una sonrisa le ayudaba a equilibrar las reacciones ante el desconcierto. Pero también existía la posibilidad de que no le hubiera creído.

Luego de escucharla comento:

—El mundo que habitamos cada día es más carente de amor y de fe; no me sorprendería que por el hacinamiento de los demonios en el infierno, quieran abrir una sucursal en la tierra. De seguro que buscarían la forma para hacerlo, y no faltará quien se preste para semejante vandalismo. Hay almas que ya vienen envenenadas desde antes de nacer... No cabe la menor duda.

Fue su primer razonamiento después de una mordaza de silencio.

—¡Vaya! Pensamos que no creería una sola palabra —comentó Analé.

—No te emociones. Es probable que hayan motivos para hacerlo, pero antes tengo dos preguntas para hacerle a tu hermana: ¿Padece usted de

alguna enfermedad emocional?

—No soy una enferma psiquiátrica si a eso se refiere —respondió Légore.

La oficial tomó nota en su libreta de apuntes.

—La segunda pregunta le sonará tonta pero cumplo con el protocolo. ¿Tiene idea de lo que pudo haber ocurrido?

—¿La tendría usted si se acostara con un vientre de ocho meses y al levantarse tuviera la barriga plana de una púber como si nunca hubiera concebido, y de repente, hasta tiene la sensación de que es virgen?

—manifestó Légore con el alma irritada.

La oficial Eminda disfrutó el comentario con el garabato inicial de una risa sarcástica que floreció improvisada entre sus labios gruesos.

—Que rápido cambió de parecer. Sólo diga que no cree una sola palabra... —añadió.

—Tiene razón —recreminó—. Esperaba que este día fuera distinto y me estaba esforzando... No creo una sola impúdica palabra de lo que ha dicho. ¿Y sabe por qué? Todos los días tenemos que lidiar con llamadas fallidas y personajes inverosímiles: prostitutas, gais, ebrios, desechables, viciosos, delincuentes, homicidas, enfermos psiquiátricos y cada uno con una historia para no creer. La semana pasada vino una prostituta a denunciar que le habían robado cinco orgasmos. La antepasada vino un enfermo mental a inculpar a Dios porque todos en el cielo están locos, y según él, fue torturado, razón por la que se tuvo que volar. Hace un mes un borracho denunció la venta de licor adulterado porque cada trago lo hacía llorar, aseguraba que fue destilado con lágrimas, y ahora usted denuncia que le robaron el feto con todo y cuna uterina. ¿Quién lo cree?

Légore reaccionó enfurecida...

—¿Insinúa que soy parte de su circo de: prostitutas, viciosos, y delincuentes?

Se levantó de la silla y se marchó con el semblante hecho un caos. Se había desbordado un río emocional.

—No parece que usted tuviera una matriz —dijo Analé al colocar el celular de frente para que lo observara—. Se la tomé ayer en la tarde. ¿Quiere examinarla, oficial?

Dio vuelta y se dirigió a paso rápido para darle alcance.

La oficial Eminda se tragó el malestar convertido en bolo alimenticio que irritaría su estómago. Había sido un día difícil.

—¿Cuándo se acabarán los locos? —se preguntó.

La respuesta quedó revoloteando en su cerebro: «Nunca, porque acabaría la vida».

Optó por ir a tomarse un capuchino de la máquina y comprar un cruasán. No era conveniente para su cuerpo que se estaba acostumbrando a las harinas y moldeaba su nueva apariencia estética. Aquella que ya tenía aspecto de hojaldre y lastimaba la autoestima. Pero lo soportaba por más que se lamentara. No dejaría de consumirlos cuando su organismo los asumió como una necesidad para la calma. Su atractivo estaba forjado en el carácter, la madurez y la disciplina con que hacía su trabajo.

La tarde transcurrió con las necesidades rutinarias de la vida en la pintoresca y noctámbula ciudad de Nueva York. La paz social tenía sus oquedades y la policía sus aciertos y desaciertos. Lo que se desconocía, era que el estilo de vida estaba a punto de mutar. El hurto, considerado como uno de los delitos de mayor demanda estaba evolucionando sin una explicación lógica y natural. Este sería el principio de un trauma inexplicable que atormentaría la ciudad y se expandiría al resto del país. Nadie imaginaba que engendrar sería tan doloroso como una pandemia sin cura.

Cuando la oficial Eminda creyó haber superado el trago amargo que le ocasionaron las dos mujeres con un ligero malestar estomacal, recibió otro sinsabor de la misma naturaleza que le irritó con más ganas el organismo.

—Vino otra mujer a denunciar el hurto de su feto... —dijo el oficial Frank. Eminda quedó con el maxilar liviano y los pensamientos sin órbita. Fue casi un minuto.

—No puedo creerlo —expresó finalmente.

Antes de cerrar la noche del siguiente día recibirían el tercer caso.

—Sabía que esta semana iba a ser difícil. No es normal despedazar tres espejos en un mismo día —confesó.

El oficial Frank la miró con desconcierto cuando la acompañaba en la oficina.

—No te sorprendas, eso ocurrió el pasado fin de semana. Al tratar de limpiarlo en el baño cedió el chazo que lo sujetaba y se fue el primero al piso. Después intenté colgar un espejo en la puerta del closet; pasó,

cuando ingresó mi hijo de cinco años con un cuchillo en la mano agarrado por el lado del filo, y del susto lo dejé caer. Y camino al trabajo, un impaciente se llevó el retrovisor izquierdo del automóvil. Suele ocurrir.

—Espero no invitarte a mi casa en mucho tiempo.

—No te preocupes. No creo que haya datos estadísticos sobre el número de espejos rotos por persona durante su vida, pero creo que ya rompí los que me correspondían.

—Eso indicaría que vas a tener unos veintiún años...

—Si lo mencionas te quedas sin trabajo, y me encargaré que sea el mismo tiempo que dijiste.

Frank tragó un sorbo de saliva como si fuera comida que por poco se atraganta...

Capítulo 8

Anabel estaba en lo cierto. Lé gore se resistió a quedar hospitalizada cuando no había una situación médica justificable para retenerla. Ya habían sido complacidos con los exámenes médicos y de laboratorio para intentar descifrar el enigma del alumbramiento. Los síntomas síquicos de su dolor obedecían a una razón natural propiciada por la extraña pérdida. Ya la doctora Swana lo había prescrito sin que fuera esa su especialidad médica.

Al salir del hospital, fue conducida en silla de ruedas hasta el parqueadero. En ese trayecto su cerebro se envenenó de pensamientos enfermizos cuando escuchaba gemidos, veía a los enfermeros correr por los pasillos, y mujeres embarazadas deambular arrastrando los pies y sosteniendo el vientre. Los sedantes evitaron que fuera tras alguna buscando a Marcus.

Retornar a su casa no era conveniente cuando fue allí donde perdió a su hijo sin saber cómo. Y la casa de su hermana no estaba como prioridad así no lo haya preguntado.

Analé la acompañó al Departamento de Policía para denunciar lo sucedido. El agente que recibió la denuncia, de inmediato la escaló a la oficial especializada Eminda Salas por la rareza del asunto. Durante media hora la oficial Eminda la escuchó con detenimiento y soportó sus lágrimas. Ni siquiera espabiló sus emociones para mostrar agrado o desagrado; era algo que la caracterizaba en su profesión. Tenía el corazón saturado de violencia y mimetizado de tribulaciones ajenas. Igual que propias. El no emitir una sonrisa le ayudaba a equilibrar las reacciones ante el desconcierto. Pero también existía la posibilidad de que no le hubiera creído.

Luego de escucharla comento:

—El mundo que habitamos cada día es más carente de amor y de fe; no me sorprendería que por el hacinamiento de los demonios en el infierno, quieran abrir una sucursal en la tierra. De seguro que buscarían la forma para hacerlo, y no faltará quien se preste para semejante vandalismo. Hay almas que ya vienen envenenadas desde antes de nacer... No cabe la menor duda.

Fue su primer razonamiento después de una mordaza de silencio.

—¡Vaya! Pensamos que no creería una sola palabra —comentó Analé.

—No te emociones. Es probable que hayan motivos para hacerlo, pero antes tengo dos preguntas para hacerle a tu hermana: ¿Padece usted de alguna enfermedad emocional?

—No soy una enferma psiquiátrica si a eso se refiere —respondió Légore.

La oficial tomó nota en su libreta de apuntes.

—La segunda pregunta le sonará tonta pero cumplo con el protocolo. ¿Tiene idea de lo que pudo haber ocurrido?

—¿La tendría usted si se acostara con un vientre de ocho meses y al levantarse tuviera la barriga plana de una púber como si nunca hubiera concebido, y de repente, hasta tiene la sensación de que es virgen?

—manifestó Légore con el alma irritada.

La oficial Eminda disfrutó el comentario con el garabato inicial de una risa sarcástica que floreció improvisada entre sus labios gruesos.

—Que rápido cambió de parecer. Sólo diga que no cree una sola palabra... —añadió.

—Tiene razón —recriminó—. Esperaba que este día fuera distinto y me estaba esforzando... No creo una sola impúdica palabra de lo que ha dicho. ¿Y sabe por qué? Todos los días tenemos que lidiar con llamadas fallidas y personajes inverosímiles: prostitutas, gais, ebrios, desechables, viciosos, delincuentes, homicidas, enfermos psiquiátricos y cada uno con una historia para no creer. La semana pasada vino una prostituta a denunciar que le habían robado cinco orgasmos. La antepasada vino un enfermo mental a inculpar a Dios porque todos en el cielo están locos, y según él, fue torturado, razón por la que se tuvo que volar. Hace un mes un borracho denunció la venta de licor adulterado porque cada trago lo hacía llorar, aseguraba que fue destilado con lágrimas, y ahora usted denuncia que le robaron el feto con todo y cuna uterina. ¿Quién lo cree?

Légore reaccionó enfurecida...

—¿Insinúa que soy parte de su circo de: prostitutas, viciosos, y delincuentes?

Se levantó de la silla y se marchó con el semblante hecho un caos. Se había desbordado un río emocional.

—No parece que usted tuviera una matriz —dijo Analé al colocar el celular de frente para que lo observara—. Se la tomé ayer en la tarde. ¿Quiere examinarla, oficial?

Dio vuelta y se dirigió a paso rápido para darle alcance.

La oficial Eminda se tragó el malestar convertido en bolo alimenticio que irritaría su estómago. Había sido un día difícil.

—¿Cuándo se acabarán los locos? —se preguntó.

La respuesta quedó revoloteando en su cerebro: «Nunca, porque acabaría la vida».

Optó por ir a tomarse un capuchino de la máquina y comprar un cruasán. No era conveniente para su cuerpo que se estaba acostumbrando a las harinas y moldeaba su nueva apariencia estética. Aquella que ya tenía aspecto de hojaldre y lastimaba la autoestima. Pero lo soportaba por más que se lamentara. No dejaría de consumirlos cuando su organismo los asumió como una necesidad para la calma. Su atractivo estaba forjado en el carácter, la madurez y la disciplina con que hacía su trabajo.

La tarde transcurrió con las necesidades rutinarias de la vida en la pintoresca y noctámbula ciudad de Nueva York. La paz social tenía sus oquedades y la policía sus aciertos y desaciertos. Lo que se desconocía, era que el estilo de vida estaba a punto de mutar. El hurto, considerado como uno de los delitos de mayor demanda estaba evolucionando sin una explicación lógica y natural. Este sería el principio de un trauma inexplicable que atormentaría la ciudad y se expandiría al resto del país. Nadie imaginaba que engendrar sería tan doloroso como una pandemia sin cura.

Cuando la oficial Eminda creyó haber superado el trago amargo que le ocasionaron las dos mujeres con un ligero malestar estomacal, recibió otro sinsabor de la misma naturaleza que le irritó con más ganas el organismo.

—Vino otra mujer a denunciar el hurto de su feto... —dijo el oficial Frank. Eminda quedó con el maxilar liviano y los pensamientos sin órbita. Fue casi un minuto.

—No puedo creerlo —expresó finalmente.

Antes de cerrar la noche del siguiente día recibirían el tercer caso.

—Sabía que esta semana iba a ser difícil. No es normal despedazar tres

espejos en un mismo día —confesó.

El oficial Frank la miró con desconcierto cuando la acompañaba en la oficina.

—No te sorprendas, eso ocurrió el pasado fin de semana. Al tratar de limpiarlo en el baño cedió el chazo que lo sujetaba y se fue el primero al piso. Después intenté colgar un espejo en la puerta del closet; pasó, cuando ingresó mi hijo de cinco años con un cuchillo en la mano agarrado por el lado del filo, y del susto lo dejé caer. Y camino al trabajo, un impaciente se llevó el retrovisor izquierdo del automóvil. Suele ocurrir.

—Espero no invitarte a mi casa en mucho tiempo.

—No te preocupes. No creo que haya datos estadísticos sobre el número de espejos rotos por persona durante su vida, pero creo que ya rompí los que me correspondían.

—Eso indicaría que vas a tener unos veintiún años...

—Si lo mencionas te quedas sin trabajo, y me encargaré que sea el mismo tiempo que dijiste.

Frank tragó un sorbo de saliva como si fuera comida que por poco se atraganta...

Capítulo 9

Las tres mujeres incluyendo a Légore, estaban entre el octavo y noveno mes de gestación. Las tres estaban a punto de enloquecer y las tres tenían evidencias fotográficas de la frescura de su vientre antes del hurto. La diferencia en ellas radicaba en que Légore fue la primera, y el nivel de credibilidad fue nulo. En el segundo caso, el medidor de credibilidad comenzó a flamear y el cerebro de la oficial Eminda a inquietarse. Para el tercer caso denunciado, el medidor de credibilidad de la policía y el cerebro de la oficial estaban sincronizados. No sabían que creer.

Al tercer día de haber ocurrido la primera desaparición desde el vientre de Légore, los rumores eran una ventisca sin necesidad de alas para alborotar, cuando contaban con la magia de los medios de comunicación. La oficial Eminda tenía la presión del superintendente, el alcalde, los políticos y la comunidad alborozada.

—Al menos copié la dirección por si la llegaba a necesitar —le dijo a su compañero Frank. Era mediodía. No creyó prudente avisar cuando fue déspota en su servicio.

Al descender del vehículo condujo la mirada a los alrededores antes de dirigirse a la puerta, y llamar. Frank la acompañó.

Analé los recibió sin muestras de cordialidad.

—Les debo una disculpa. Dos casos similares se han presentado en estos tres días —justificó su error.

—¿Fue esa la razón para que creyera, oficial? —expresó.

—Si no le molesta seré yo quien haga las preguntas. ¿Podemos pasar?

—Adelante... Pero no creo que mi hermana esté satisfecha con su presencia. Veré si tiene disposición para atenderlos. Gracias a usted parece un cuerpo con la vida prestada y la moralidad hecha un cadáver.

—Bueno... diré que es parte del trabajo.

La oficial Eminda y su acompañante se dirigieron a la sala principal.

Luego de unos minutos Légore llegó acompañada de Analé. La había descrito a la perfección. Aparentaba ser un cuerpo sin emociones. Había consumido sedantes y parecía que arrastraba la voluntad al caminar. Su rostro estaba nublado y el desasosiego relumbraba de los pies a la

cabeza. No había motivos para celebrar la vida.

—Gracias por atendernos —expresó la oficial.

—Fue mi hermana quien insistió —respondió con la voz débil.

—Imagino que está enterada de los otros dos sucesos. La investigación va en marcha y el suyo es considerado el primer caso. Haré las preguntas con base a su historia... La conversación será grabada para facilitar la investigación.

—¿Alguna pregunta antes de iniciar?

—No. Ninguna.

—¿Por qué fue al museo? —inició el interrogatorio.

Suspiró antes de disponerse a recordar.

—No tenía planeado ir al museo de arte. Fue el sitio de encuentro... Mi compañero jamás me dijo que lo visitaríamos. Recibí un mensaje de texto cuando estaba a la entrada del lugar. Dijo que demoraría una media hora por el invierno. Ese fue el motivo por el que decidí ingresar.

—¿Y qué nombre tiene su amigo?

—Leonzo... Leonzo Estepia.

—¿Qué tanto lo conoce?

—Es... el padre del hijo que esperaba. Nos conocimos hace un año. Fue una relación con llamadas y salidas esporádicas. La vez anterior se ausentó por cerca de tres semanas; estuvo de viaje debido a su trabajo. Ya me lo había dicho... estaría ocupado con un proyecto fotográfico haciendo un recorrido por el Estado de Oregón... Me llamó el mismo día de la cita en horas de la mañana. Dijo que me tenía una sorpresa. Pasaríamos la tarde juntos, y luego... regresaríamos a casa. Mi casa.

—Eso significa que no vive o vivía con él.

—Así es.

—Imagino que sabe de su estado.

Légore la observó con gesto de reclamo.

—Me refiero... al estado que tenía.

—A ese sí... Compraríamos ropa para el bebé. A este no.

Tocó su vientre vacío.

—¿La ha llamado después de la cita?

—No.

¿Ha recibido alguna carta o mensaje de su parte?

—No.

—¿Solía ausentarse sin avisarle?

—No.

—Al parecer, su supuesto amigo perdió el interés.

—No lo veo así. Algo debió pasarle.

—Claro. La intuición femenina. ¿Y cuál es su profesión?

—Fotógrafo... profesional.

La oficial Eminda agrandó los ojos con la respuesta.

—Con que es fotógrafo. ¿Y no se le ocurrió pensar que la llevaría a la exposición en el museo siendo el sitio de encuentro?

—Nunca lo mencionó. Ya le dije. Tenemos una relación formal y casual hace un año, y teníamos un vientre ocupado que nos había abierto la posibilidad de replantear nuestra relación sentimental. Era algo que veníamos conversando... Si piensa que tiene alguna culpabilidad porque no fue a la cita, no creo que tenga que ver con la desaparición del feto... Es su imaginación.

—No lo estoy culpando sólo porque no fue a la cita. Nos interesa saber tanto como usted el motivo de su ausencia. Tal vez ese sí esté relacionado con la desaparición...

—Pensaba denunciar su desaparición a la policía, pero luego pensé que no lo creerían...

—Me refiero a la desaparición del feto...

—¿Tiene alguna diferencia? Fue la primera denuncia que no creyó. ¿Por qué creería la segunda?

La oficial Eminda evitó mirarla para no aceptar su equivocación.

—¿En qué empresa trabaja? —preguntó.

—Es independiente. Desarrolla proyectos para varias revistas, y últimamente estaba dedicado a la naturaleza y los animales. Puede tardar horas o días en tomar una fotografía perfecta. Esa es la razón de su ausencia.

—¿Eso es lo que le ha dicho? No lo veo de esa forma cuando existe el celular y espacios para respirar. Es probable que su amigo Leonzo estuviera enterado de la exposición, en particular de la fotografía del vientre, y se aseguró que estuviera allí para apreciarla. Imagino... que siendo su compañero sentimental debió tomarle muchas fotografías. Esa debió ser la sorpresa que le tenía.

—¿Con qué intención? —preguntó Légore.

—Es demasiado prematuro para saberlo —respondió.

—No tiene sentido —rebató Analé la especulación—. Ingresó al museo porque estaba lloviendo. No creo que su amigo planeara también la lluvia.

—Es un raro invierno en época de verano, señora —dijo la oficial—. Y por cada semana, por lo menos cinco días llueve durante todo el día. Había una alta probabilidad de que ocurriera, y la misma probabilidad de que usted ingresara al museo. Dijo que recibió un mensaje de texto dónde le indicaba un retraso de media hora —se dirigió a Légore—. El tiempo suficiente para ocuparlo en una exposición en un lugar que estaba a un metro de su espalda, que exponerse al invierno en ese estado.

—Si esa es su apreciación, entonces, ¿por qué está muerto?

La oficial y su compañero templaron los músculos del semblante para amortiguar la noticia.

—¿Quién dijo que está muerto? —preguntó ella.

—Dejaron un anónimo debajo de la puerta. Dice que falleció en un accidente. Mi hermana no se los había dicho porque asegura que no es cierto. Lo traeré.

Analé se ausentó un par de minutos en los que las bocas callaron y los

gestos hablaron.

Regresó con el sobre. Luego de leerlo, la oficial Eminda opinó:

—Algún payaso intenta burlarse de ustedes. Si hubiera ocurrido un accidente en cualquier sector por recóndito que sea del Estado de Nueva York, el primero en enterarse es el Departamento de Policía. Si pasó en Oregón o en cualquier otro Estado, ya sería noticia nacional. Por lo que me entero desde la fallida cita en el museo hasta la carta anónima, nadie me saca de la cabeza que su amigo sentimental está involucrado en todo este embrollo.

Fue su apreciación personal antes de despedirse.

Légore no mencionó una palabra. Ni siquiera estaba interesada en pensar. Analé guardó silencio cuando tenía sentido el comentario por más que sonara como una idea descabellada. A diferencia de su hermana, que siempre la apoyó en su relación sentimental y fue la madrina de matrimonio, ella cuestionó el misterioso noviazgo de su hermana menor cuando conoció a Leonzo, en la analógica rigurosidad con que se da inicio a las historias... «Había una vez».

Sucedió en alguna ligera y aventurada ocasión en la que decidió seguirla, luego de enterarse de su embarazo. No consintió la situación cuando desconocía al protagonista de la causa. Aconteció en un restaurante al que de forma casual asistió con su esposo. Se sentía responsable de su vida por más que fuera una mujer madura e independiente.

Analé era la mayor de las dos, y tras la enfermedad terminal de su madre que las ruborizó un año entero, le prometió que estaría al tanto de la vida de su hermana. Al menos, mientras formalizaba su vida matrimonial. Cosa que por lo visto nunca ocurriría. Fue lo que pensó al advertir los avances de su vida sentimental. Un acaudalado dolor la dejaba sin respiración cada que se enteraba de su soledad con la misteriosa partida de su compañero. Situación que nunca catalogó de insignificante ante los verdaderos problemas que debía afrontar. Pero que sin duda, vislumbró en una realidad distinta y menos infectada de temores cuando reprobó la actual fortuita relación al manifestar:

—Con cada palabra que mencionas relacionada con él, me es imposible no pensar en deslealtad y tristeza cuando es enemigo de la vida familiar.

Légore no les hacía muy buena cara a las críticas de su hermana. Y su cuñado Andreu, debió pagar las consecuencias con la indiferencia. Estaba cegada por el enamoramiento que sentía por Leonzo Estepia que, sin esforzarse demasiado, había creado una imagen poco decorosa en el corazón de Analé. Su sexto sentido no estaba alterado como para no olfatear que el dolor rondaba en los poros de la piel y las entrañas de su

hermana.

Luego conocería el verdadero significado.

Capítulo 10

La oficial Eminda salió del Departamento de Policía y se dirigió solitaria al bar-restaurante que frecuentaba con sus compañeros de trabajo. Estaba a pocas cuadras...

—Buenas noches Hazar.

—Buenas noches oficial Eminda. ¿Lo mismo de siempre?

—Si pudieras revolverle algún vomitivo que me despierte el cerebro te estaría agradecida. Hay escasez de ideas.

—No creo que exista, oficial.

—Si. También lo creo. Sírvenme un wiski para pelear con los espasmos musculares.

—¿Un día pesado?

—Cuando no. Desde que los hurtos evolucionaron en esta ciudad todos los días son iguales.

—¿Habla de la desaparición de los fetos, oficial?

—La noticia de moda. Hoy en la mañana recibimos la denuncia del cuarto hurto. Si continúa esa ráfaga de llamadas se van a quemar las líneas telefónicas. No basta con la comunidad llamando para pedir soluciones; la lista creció de la noche a la mañana: políticos de turno; jueces de la república; magnates de la industria; empleados de la casa blanca, del pentágono, de la NASA; militares, la misma policía, la marina, los medios de comunicación y hasta de parte del señor presidente de los Estados Unidos. Todos los que tienen una hija, familiar o amiga embarazada llaman a exigir soluciones, y como van las cosas, no falta sino que los delincuentes también nos contacten para auxiliarlos.

Tomó un sorbo de wiski luego de agitarlo en el vaso.

»De pronto, a todos se les ocurrió que en el Departamento de Policía de Nueva York, teníamos el antídoto para el robo de fetos con todo y vientres, listo para ser comercializado.

—Veré si consigo el vomitivo —dijo Hazar con gesto irónico.

La oficial Eminda deleitaba la copa en su tiempo de descanso, cuando el noticiero en la tele le recordó que no había espacio ni momento para el

ocio. Un demonio andaba suelto.

—Un nuevo suceso sobre la desaparición de un feto de un vientre sano ocurrió hace menos de una hora en Maryland, la ciudad natal del arzobispo Zardoli asesinado recientemente en la ciudad de Nueva York. El hecho fue dado a conocer por los vecinos de la joven mujer de veintidós años conocida como Leandra Mazos, de origen latino, quienes avisaron a la policía para informarlos del extraño acontecimiento. Fotografías de la mujer que revelaban un embarazo de ocho meses y una semana, y otras con el vientre plano con tres horas de diferencia sin haber padecido ningún procedimiento de parto, fueron enviadas por su compañero conyugal. Dijo ser testigo de la deshinchazón del vientre como quien desinfla una pelota plástica. Aconteció mientras reposaban en el dormitorio.

»En medio de la conmoción, la mujer intentó suicidarse lanzándose al vacío desde el tercer piso de su residencia. —La oficial Eminda susurró entre dientes: «mierda»—. Contó con la suerte que la lona en el primer piso de una panadería amortiguara la caída, aunque su estado es delicado y reservado. Éste sería el quinto caso en menos de cinco días y se rumora que podrá incrementar la cifra. ¿Qué tanto? Es lo que se desconoce. Lo cierto es, que el primer caso ocurrido fue desechado en el acto por el Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York al considerarlo una invención de parte de la víctima. En este nuevo caso, el sacerdote de la iglesia a la que acudía la mujer cada domingo, se pronunció con los periodistas luego de enterarse cuando visitaban la casa de Leandra.

«La conozco hace más de un año. Habita en esta misma cuadra y fui testigo de su embarazo hasta el día de ayer que la atendí en el sacramento de la confesión. En mi opinión, no creo que para este asunto sirvan las balas. La investigación debería tener otra orientación distinta, cuando la iglesia y el bien, tienen enemigos acérrimos que practican el mal en sus más nefastas manifestaciones. Tal vez haga falta un arma celestial. Y esa es la fe».

Eso fue todo. Más que suficiente cuando Eminda no le hizo buena cara a la noticia con tantos detalles que no iban al caso.

—Creo que vas a tener que darme otra dosis de lo mismo —insinuó la oficial de policía.

El celular sonó.

—Imagino que llamas para enterarme —dijo—. Acabo de darme cuenta. Es una fatal noticia pero espero que éste nuevo suceso pueda darnos algún indicio. Por lo que percibo, ya no habrá vacaciones en el departamento, y el superintendente estará de mal genio con demasiadas

presiones en su cabeza... Nos veremos luego, Frank. Gracias.

—¿Están seguros que estaba embarazada? —preguntó Hazar.

—Viste lo mismo que yo... las fotos de la mujer tomadas casi que al mismo tiempo... antes y después del embarazo. No creo que sea un invento de su compañero y del sacerdote. Además, es el quinto caso de ocurrencia. Cualquier duda la medicina se encargará de comprobarlo. Igual que ocurrió con Légore.

—¿Qué crees que sucede con los fetos?

—No lo sé. Y no preguntes más tonterías que este asunto me ha hecho recapacitar sobre mi fe. En cuanto más intento hallar una explicación lógica, me doy cuenta que somos completamente ignorantes. Estoy de acuerdo con el sacerdote. No creo que para este asunto sirvan las balas, amigo.

Sorbió el último trago dispuesta para salir del bar cuando recibió otra llamada de Frank.

—Te gustará saber que conseguí el número telefónico de Xavier, el esposo de Leandra —dijo.

—Imagino que tus contactos de Maryland.

—Si la casa no nos olvida, no hay que olvidar la casa.

—Eso es cierto.

—Y adivina qué.

—No estoy para más adivinanzas, Frank. Tengo la cabeza a punto de explotar. ¿Qué tienes?

—Su hermana vive acá, en Nueva York. Leandra la visitó hace una semana. Nos espera ahora mismo en su casa. Mañana saldrá de viaje.

—Esa sí es una buena noticia. Pasa por el bar. Comeré algunas papas fritas para el aliento mientras llegas.

—Por cierto... se llama Nazavia.

—Esa es parte de tu tarea: memorizar los nombres.

Frank no le hizo buena cara al comentario.

Luego de pasar por el bar, se dirigieron a su casa ubicada en el área metropolitana de la ciudad en el condado de Nassau. La modesta casa los recibió con un aire colonial reinando en su fachada, y la exuberante fragancia de un jardín medicinal y colorido que demandaba cuidados como un eterno neonato. La señora Nazavia abrió la puerta luego del llamado a través del timbre.

—Buenas noches. Soy la oficial Eminda. Y mi compañero es el oficial Frank del Departamento de Policía de Nueva York.

—Sí. Ya he sabido de ustedes. Los esperaba ahora mismo porque estaré por fuera de la ciudad un par de semanas. Imagino que por el tema de moda no es bueno perder tiempo. Pasen.

Era joven, pero las facciones del rostro hablaban de algunas inclemencias en los años pasados que le hicieron olvidar el ritual de la felicidad.

Debió extraviar la fórmula matemática de la reacción biológica atribuida a la risa y se vio obligada a disfrutar de la amargura. Era evidente el desfase de una década por la frialdad emocional y el estilo de vestir: clásico y aseñorado.

Se dirigieron a la sala de estar. La señora del servicio se hizo presente con tres cafés como si hubieran estado dispuestos en el árbol de los tintos para ser desgajados con la mirada. Por poco y llegan antes que ellos.

Beberían el café durante la conversación.

—Señora Nazavia, podría contarnos sobre su hermana. Tal vez, haya algo que nos ayude a resolver las cinco desapariciones de los fetos de sus vientres... La mayor información que tenemos es de Légore. Ella es...

—Sé quién es —precisó.

—Si logramos avanzar en la investigación... es probable que podamos evitar que el drama evolucione —señaló Eminda.

—Si no es que aparecen nuevos casos —dijo la mujer poco convencida de la efectividad de la justicia.

—El Departamento de Policía está trabajando para que esto no se convierta en una epidemia —agregó Frank.

—Vino a visitarme hace dos semanas —inició—. Me informó que las cosas iban bien últimamente con Xavier. Su cónyuge. Se casaron hace dos años después de que derrocharon la miel en el noviazgo. Ahora viven entre

alegrías y desencantos.

—Creo que fue el que nos dio su número de teléfono —dijo Frank.

—Si. Llamó para informarme... Mi hermana estaba demasiado ilusionada con el bebé. Como toda mujer con sus hijos, pensaba que su llegada sería una bendición para aplacar las desdichas del matrimonio. Sí que es complejo vivir. Cuando crees que todo estará solucionado, es cuando menos se puede confiar.

Parecía hablar de ella.

—¿Por qué vino a visitarla en su avanzado estado, y sola? —preguntó Eminda orientando la conversación al objetivo de la visita.

—Xavier estaría dos semanas por fuera de la ciudad. Es por su nuevo empleo. Quise ir a acompañarla, pero ella fue la del antojo. Y cuando algo se le ocurre a mi hermana menor, por lo general pasa como lo desea.

—¿Hubo algo fuera de lo normal durante su estadía?

—¿Cómo qué?

—La verdad... no se me ocurre más que la pregunta —dijo la oficial Eminda.

—Me acompañó a misa —respondió—. Es bastante disciplinada con su vida espiritual. Regresamos a casa para el desayuno, y luego fuimos de compras para el bebé. Al siguiente día me acompañó al supermercado. Fue en la mañana. Después de las compras se antojó de una ensalada de frutas. Fuimos a un portal que queda cerca. Otro día se nos ocurrió ir al cine para llorar con una película de drama. Y al siguiente... no pude acompañarla porque tenía un compromiso en el colegio donde estudia Duany —mi hijo—. Supe que aquel día tomó un taxi y pasó la tarde en uno de los museos de arte de la ciudad, en una exposición de fotografía.

La oficial Eminda y su compañero Frank se miraron.

Por fin parecía haber algo interesante.

—¿Le mencionó sobre la exposición?, ¿algo específico qué haya compartido con alguien allí?, ¿qué se haya sentido incómoda?

—No habló mucho del tema. Ahora que lo menciono... su efusividad no fue la misma cuando regresó. Y de repente, quería regresar a su casa. Estaría dos días sola antes de que Xavier regresara.

Sorbió del café en un notable estado de inconformismo con la vida que llevaba. Sus gestos hablaban.

—¿Algo más para agregar?

—Intenté comunicarme con ella durante los dos días en que estaría sola sin obtener una respuesta. Estaba preocupada. Al tercer día, cuando estaba dispuesta a viajar me respondió Xavier. Según le manifestó no se sentía bien, pero que no era una situación para preocuparse. Dijo que se encargaría de ella. Lo próximo que supe fue por el noticiero...

Silenció y fijó la mirada sobre una pequeña mesa decorada con imágenes religiosas.

—Ya no sé qué pensar de tanto infortunio. Creo que el demonio anda suelto porque se siente en casa y ha perdido la prudencia de pasar inadvertido. Debe haber una razón poderosa aparte de los males tradicionales que siempre nos han acompañado —fue lo último que dijo.

—En eso estamos de acuerdo —comentó la oficial Eminda antes de despedirse.

Desconocía que la razón poderosa tenía relación con su pérdida de fe. De ida hacia su casa, le asignó las tareas del siguiente día a su compañero.

—Llama a Xavier, Frank. Averigua si la ida al museo coincidió con alguna cita previa, una llamada telefónica, un mensaje de texto o simple coincidencia. Si aún no lo sabe, qué le consulte a su esposa.

Llevaban los rostros alentados y el cerebro inquieto por los resultados, que no les importó el tiempo de más en una larga, doble y sacrificada jornada de trabajo.

Capítulo 11

El doctor Aranzazu, lucía una intrépida insatisfacción difícil de describir cuando parecía satisfecho.

Luego de enterarse del extraño suceso de parte de la médica, decidió sacrificar su día de descanso para ser parte del enigma clínico interesado en la dimensión desconocida del vientre de Légore. Su rostro, que parecía la cabeza entera al no tener una fibra de cabello en su desierto capilar, fabricó la más espantosa pantomima al enterarse de los resultados, que la onda expresiva se reflejó por todo el cráneo.

Obedeciendo la batuta imaginaria en su cerebro, apresuró con sigilo su cuerpo ajetreado de cargar neonatos y contar placentas, encorvado de husmear por años entre las pelvis, para llegar cuanto antes al consultorio de la doctora Swana. Estaba entusiasmado por enterar a su colega de los pormenores:

—Creo que te interesará saber lo que médicamente nos dijo el vientre de la mujer.

—Soy toda oídos —dejó de lado lo que estaba haciendo para centrar la atención en el ginecobstetra.

—No hay desgarró vaginal, ni señales de una episiotomía, ni la presencia de una placenta aunque sí hay indicios de su existencia. Cosa que ya sabías. Por lo que cualquier hipótesis sobre...

—Disculpe la intromisión —dijo la oficial desde la puerta del consultorio que permanecía abierta—. Soy la oficial Eminda, y él es el oficial Frank. Somos del Departamento de Policía...

Ingresaron con la autoridad de sus placas y cruzaron sus manos en señal de saludo. La doctora Swana creyó prudente mencionar sus profesiones.

—Se trata de la señora Légore —dijo la oficial—. Nos indicaron que acá obtendríamos información.

—Creo que llegó a tiempo, oficial —señaló el doctor Aranzazu—. Le explicaba a la doctora Swana, que el cuerpo de Légore no experimentó ningún tipo de parto, justificado igual en los exámenes de sangre que no indican la presencia de algún medicamento o sedante, como para recrear la hipótesis de una práctica clandestina mientras dormía. Supongo que esa sería una de sus preguntas.

—¿Qué cree que pueda haber sucedido, doctor? —preguntó como una

segunda opción.

—No lo sé.

—No lo sabe. ¿Está seguro?

—La valoración médica es clara —confirmó la doctora Swana—. No hubo parto natural y menos por cesárea. Y sí estaba embarazada, con cuatro a seis semanas restantes para el parto; lo certifican todas las evidencias que reposan en la clínica, y yo lo testifico que fui su médica durante el proceso de gestación. Lo menciono por si tenía esa pregunta en mente.

—Así es oficial —añadió el especialista—. Y como lo dije, en aras de la ciencia... no lo sé. Pero si requiere de una explicación forzada así no exista, entonces le diré que simple y sencillamente, así no contemos con la capacidad para entenderlo, el feto desapareció con todo y placenta. Es tan complejo como imaginar en esta dimensión terrenal un cuerpo vivo sin el órgano cardíaco, o como imaginar un milagro cuando no se tiene la certeza de la fe. Soy católico. Siempre me encomiendo a Dios en el quirófano. Jamás lo he cuestionado por los resultados y no pienso ajusticiarlo ahora responsabilizándolo de lo que no tengo la más remota idea. Nadie. Ni la doctora Swana que atendió su gestación durante meses. Ni yo. Ni usted... sabemos lo que ha pasado. Si conoce la fe, oficial, pregúntele a Dios a través de ella.

—Sí que es complejo. ¿Intenta decir que alguien con poderes divinos debió sacar el feto del vientre sin necesidad de un escalpelo?

—Nunca mencioné que fueran divinos. Existe el bien, oficial. Igual que existe el mal.

La oficial Eminda gesticuló un sinsabor de desaliento cuando la ciencia médica en las palabras de los especialistas no le proporcionó una respuesta lógica.

Capítulo 12

Era viernes en la tarde. El padre Loenzo se encontraba en el despacho parroquial, contiguo al templo. Luego de conversar con la secretaria se dirigió a él para darle una ojeada.

Por días abundaban los mendigos, y algunos tenían las bancas como camas después de descargar los pecados de rodillas ante la estatua de Jesús Nazareno. Tenía puesta la indumentaria religiosa como identidad en la persona de Dios. Aún faltaban dos horas para la celebración de la eucaristía. Al dispersar la mirada al interior de la iglesia, notó que algunos de los feligreses hacían fila en el confesionario. Se dejó llevar por la curiosidad. Sabía que el padre Leónidas se había marchado muy temprano en la mañana para su tierra natal. Pasaría algunos días de descanso, por lo que estaría solo cuando no fue notificado el reemplazo por la arquidiócesis. Eran tiempos difíciles y había escasez de clérigos.

Se detuvo cerca al confesionario. Faltaban dos feligreses por la penitencia aparte de la mujer que estaba postrada de rodillas. Luego de recibir la confesión, se retiró sollozante.

—Jaila —dijo el padre Loenzo sin obtener una respuesta. Al parecer, la enmienda no estaba en los rezos cuando se dirigió afuera de la iglesia. Parecía molesta.

—No habrán más confesiones por hoy —dijo el padre—. Deben retirarse.

Los dos penitentes debieron abandonar el templo con las muecas de sus pecados reflejados en los rostros, y las culpas acumuladas erosionando sus cerebros.

Los vio marcharse antes de dirigir la mirada hacia el confesionario. En sus diez años como párroco de la iglesia al servicio de la comunidad y como confesor, jamás lo había reparado. Habría jurado que no era el mismo locutorio; el que creía conocer no tenía arcos en la parte superior. Un tonto pensamiento le insinuó consultarlo para salir de dudas. Clavó la mirada al lado del confesor. Dos puertas laterales de la mitad hacia arriba cubrían el cuerpo del que hacía las veces de sacerdote. «Hasta no ver no creer», pensó para sí con la incertidumbre recriminando su actitud.

La parte despejada del confesor dejaba entrever una sotana negra que caía hasta los zapatos, en los que imaginó un par de garras de lobo endemoniado.

Así es el miedo, todo lo distorsiona por dentro o por fuera.

—Es su turno de confesarse, padre Loenzo —dijo la voz ronca y desapacible que fluyó desde el interior. Las cuerdas vocales parecían rostizadas por el fuego.

El padre Loenzo esparció en derredor su mirada antes de atreverse. Ingresó desconfiado al confesionario. Se puso de rodillas en el reclinatorio y quiso echar un vistazo a través del bastidor tentado por el señuelo misterioso que lo tenía imanado.

—¿Quién es usted?, ¿qué cree que hace?

Su voz sonó acobardada.

—Soy su confesor, padre. Puede llamarme: «Mensajero».

—¿Mensajero de quién?

—Sólo le diré que me debe obediencia.

Las palabras se escucharon como parte de un mandato desconocido.

—Qué le dijo a la joven...

—¿Es esa su gran preocupación? Lastimosamente debió enterarse de su deslealtad. Le conté lo que los dos sabemos. Soy su confidente sentimental. Y a cambio de callar la boca con la comunidad, debí escuchar su oferta para mi petición... Creo que compartiremos el pan, padre. Esa fue su penitencia.

El comentario del extraño calentó en su estómago como ácido que le quemó algunas de las vísceras, expandió el dolor hasta el pecho y se irradió hacia la garganta para obligarlo a toser.

—Parece que el reflujo de los pecados lo están martirizando, padre Loenzo —acusó.

—¿Quién es usted? —preguntó de nuevo saboreando el malestar que quemaba en su boca.

—Quien lo guiará en su misión —respondió.

—Este es un templo sagrado... Ningún demonio puede entrar en él.

—Se equivoca, Usted lo habita. Un templo que mancilló con su conducta de amor excesivo por los demás, sin importar quien... Que se acogió a nuestro mandamiento de acometer los actos impuros traicionando su vocación. Qué ora con el cristo de espaldas. Es su actitud la que permite

nuestro ingreso.

El Mensajero extrajo un libro que ocultaba en la sotana y lo pasó a través del bastidor del confesionario como si fuera su alma.

—Esta es su nueva biblia —ordenó—. La seguirá al pie de la letra. Será igual de obediente al padre Leónidas.

Era un pequeño libro robusto de pasta dura de color negro, con un símbolo dorado en alto relieve en el medio de la cubierta.

—El padre Loenzo, obligado por la voz como un decreto que debía cumplir, posó forzosamente su mano izquierda sobre ella, y en el acto, el símbolo de un tridente con las puntas hacia arriba dentro de un semicírculo, que tenía el aspecto esférico de un vientre materno con una diminuta perforación en el centro curvado simbolizando el ombligo, quedó escarificado en la palma de su mano, cuando sintió la braza de un fuego infernal como si fuera un sello de hierro candente, lastimar la anatomía y calcinar los músculos palmares al quemar la carne viva.

El grito convertido en un lamento mudo debió agonizar entre las cuerdas vocales para que los feligreses no se enteraran.

El pequeño libro que debió ser parte de los ornamentos del demonio, no sufrió ningún deterioro. Por el contrario, lucía recién horneado por la editorial del averno en su seiscientas sesenta y seisava edición como si hubiera sido bendecido.

El Mensajero abandonó el confesionario cubierto con un abrigo oscuro desde el cuello hasta debajo de los hinojos, sin que el padre se interesara en conocer su fisonomía. Quedó postrado asimilando el dolor, obligado por una fuerza que atravesó las articulaciones y lo mantuvo clavado al reclinatorio. Logró liberarse cuando el desconocido salió del templo.

Ya había entregado la encomienda.

Se levantó y arrastró sus pies ultrajados hasta la sacristía. Ingresó al baño, buscó solución de espuma y lavó la herida, que la sintió arder como si se hubiera estregado con una esponja de agujas. Debió envolver gasa en la mano después de lavarla. Un suspiro profundo con réplica le generó un repentino alivio que no duraría mucho, pero fue suficiente para percatarse del espejo que revestía la pared arriba del lavabo. Se observó con susto. Había perdido parte de la esencia clerical que abundaba en el semblante.

Sin saber por qué, se asemejaba al rostro cadavérico del padre Leónidas revelando una nueva edad para su cuerpo. Estaba bañado en sudor. Detalló la mano lastimada a través del espejo y advirtió que temblaba.

Supuraba agua sangre empapando la gasa.

Se dirigió al dormitorio y destapó una botella de vino fortificado con alcohol para consagrar su alma en pena atiborrada de lujuria. Por poco la bebe de un solo trago. Observó su mano izquierda temblar de nuevo, y recordó que aquella marca en medio del dolor le hizo ver como un atisbo de la verdad, las abominaciones creadas en el subconsciente con su inusual comportamiento. ¿Cuál? Era un hecho ignorado.

Le quedaría una cicatriz perenne que reemplazaría las líneas de la palma de la mano delatando la verdadera personalidad, la misión encomendada en su vocación corrompida, y la advertencia de que tenía dueño.

Desde hacía años estaba viviendo una doble vida: oraba con Dios y comulgaba con el demonio. Ni él lo sabía. Siempre actuó con prudencia sin enterarse.

Llegada la hora se dirigió a la iglesia para celebrar la eucaristía.

Durante la liturgia, el ardor del símbolo atravesó la gasa y quedó tatuado en ceniza para recordarle su nueva vocación. Lo ojeaba por momentos. Sus ojos brillaron con el resplandor del mal y la homilía se convirtió en un rocío de veneno espiritual para purgar el alma de las buenas acciones. Se había convertido en el emisario de una profecía:

—El perdón aletea dispuesto en el desván de la misericordia —inició—. Es una fruta amarga para algunos, dulce para otros e insípida para otros más. Cada quien la saborea a su manera. ¿Pero quién necesita del perdón para vivir la vida? Son sus extravagancias, prohibiciones y necedades las que nos enamoran. ¿Quién necesita de la paz para sentirse amado? Para vivir el amor en todas sus formas y de todas las maneras. —De repente, la voz se hizo ronca y desapacible—. Es la época de la verdad oculta. El reinado del tiempo imperfecto declara la guerra abierta del mal. El hijo de la bestia retornará a la tierra para reclamar su trono. No entrará por puertas ni ventanas... bastará un diminuto orificio. El bien le servirá de resplandor para que todos lo vean. Su imagen será perpetuada como un fantasma en la oscuridad.

Nadie se atrevió a desaprobar su irreverencia.

Los feligreses estaban intimidados con la extraña conducta del sacerdote. Su trastornado espíritu se revistió de ultraje. Las invocaciones fueron alteradas y las veneraciones imprecisas. Obvió la ofrenda económica que indicaba el compartir con apego fraternal los bienes con los más necesitados. El padre Loenzo consagró el pan y el vino a su amaño, y negó la comunión a los fieles que suponía la unidad del hombre con Dios.

Aquella noche, el oficio divino se convirtió en un manuscrito imperfecto, y la participación de los fieles en un ofrecimiento lenguaraz y perturbador.

Desde el introito que sonó sedicioso en la boca incorrecta se suponía el desenlace de la liturgia.

El joven adolescente que parecía obligado por su madre, ubicado en la segunda fila sobre la derecha del templo, activó la multimedia en el celular para grabar la eucaristía. Sería una ovación sarcástica para disfrutar con sus amigos que lo hizo como un acto de rebeldía. Estaba lejos de imaginar que sería parte de la evidencia del mal que resucitaba en las calles de Nueva York, superando toda afluencia de crímenes.

El miedo que le despertó el sacerdote lo acobardó. La madre al enterarse de la evidencia, denunció la conducta del clérigo por considerarla nociva, y entregó la grabación a la policía.

—Está poseído por el demonio... o enloqueció —dijo—. Se negó a que recibiéramos a Cristo y eso lo convierte en pecador.

La declaración fue recibida con el entusiasmo de haber encontrado una aguja en un pajar. El hurto de los fetos era un rompecabezas paranormal demasiado complejo, que requería del encaje de muchas piezas para solucionarlo. La grabación era una de ellas.

Capítulo 13

Motivada por el comentario del doctor Aranzazu en el hospital y la grabación que escuchó de la conducta del padre Loenzo, la oficial Eminda reunió a un grupo de agentes y oficiales del Departamento de Policía para darles instrucciones:

—Es bueno que comencemos a rezar. Nunca es tarde. Algún loco anda suelto, y por lo poco que sabemos, y lo que a nuestra ignorancia y juicio suponemos, es probable que tenga pactos con el diablo. Si es capaz de arrancar un feto de un vientre sin intervención quirúrgica ni parto vaginal, es demasiado probable que pueda extirparnos el corazón a cada uno sin que nos dé tiempo de colocarle las esposas. Así que, si esto les ocurre a ustedes o a uno de sus compañeros... no duden en disparar. Y no se hagan los valientes. No creo que un solitario tenga probabilidades de vivir si lo enfrenta.

—¿Cuál es la idea, oficial? —preguntó uno de los agentes.

—No se trata de un delito menor. Es hora de cambiar de estrategia así no nos guste. Hora de indagar por cada loco con antecedentes que se crea un Dios. Debemos averiguar los movimientos de los líderes de cada secta investigada en los últimos años. Cualquier relación que tengan con el robo de niños, el tráfico. Toda noticia de hechicería relacionada con mujeres gestantes. Busquen entre los casos de pactos con demonios acontecidos en las noches de Halloween y traten de hallar alguna relación. Investiguen a cada una de las mujeres que perdieron los fetos y a sus familiares; debemos conocer si alguno de ellos tiene nexos con brujos. Sus tardes libres, sus hobbies, creencias y antecedentes. Quiero saber si algún maldito pedófilo ha evolucionado en el menú. Si existe alguna relación con vampiros... Quiero que investiguen cualquier cosa que nos conduzca a alguna señal. Tenemos que darle cacería a ese malnacido.

—Por lo que veo, Jefe, tenemos trabajo para todo un año —comentó su compañero de apoyo en la investigación.

—No te emociones, Frank. Ese es el principio para esta semana. No perdamos tiempo que no es el hurto de una billetera. ¡Vamos! ¡Andando!

Luego del discurso y las tareas, se dispuso a ingresar a la oficina.

El teléfono repicó.

—¿Sí?

—Oficial Eminda, la busca el padre Milson —dijo la asistente.

—Ya se enteraron que no frecuento la iglesia —murmuró—. Hazlo pasar.

—Buen día oficial —saludó al entreabrir la puerta.

—Siga, padre. Tome asiento. ¿En qué puedo servirle?, ¿algún denuncia?, ¿robo en la casa cural?, ¿saqueo en la sacristía?, ¿hurto de vehículo?, ¿asalto con circunstancias agravantes?, ¿simple agresión?, ¿hurtaron las hostias de la semana?, ¿soborno?, ¿persecución?, ¿amenaza?, ¿difamación?, ¿traición o abandono cualquiera que sea?, ¿o la confesión de algún delito?

Luego de mirarla con la convicción de no haberse equivocado en su decisión, pudo usar la boca que quedó entreabierta después del saludo:

—¿Siempre es así de servicial o trata de impresionar, oficial?

—Si espera que le diga la verdad tendrá que ser en confesión, padre. Dígame: ¿En qué puedo servirle?

—Digamos que el asunto es... personal. Lo medité luego de escuchar las noticias de los fetos hurtados..., suena raro pero es el nombre más adecuado, y luego de enterarme de la reacción de mi amigo... el padre Loenzo, el que salió en las noticias... Trabajé con él diez años en la misma parroquia, y... bueno, quise venir a verla. Por lo que sé... es usted quien está encargada de la investigación. Y...

—Al grano padre que estoy de afán.

—Creo que podría ser de ayuda. En verdad... soy sacerdote emérito con treinta y cinco años de servicio eclesial, y dedico mi tiempo actual a investigar y apoyar en casos paranormales.

—Casos paranormales.... ¿Y cuánta experiencia tiene en el tema, padre?

—En teoría... llevo más de cinco años, con el último dedicado de tiempo completo. Por la jubilación...

—¿Y en la práctica? —preguntó.

—Digamos... que éste sería... mi primer caso.

—Con que un aficionado, ¡eh! Su primer caso... —repitió con lentitud la última parte.

—Bueno, no tan neófito que digamos. Por lo menos, sé hacer a la

perfección lo que muchos desconocen en la casa y en el trabajo: «orar».

Lo manifestó en tono de súplica con encogimiento de hombros.

La oficial lo miró con picardía al intuir que se había enterado de su descuido espiritual. Después de un largo silencio cavilando preocupaciones y cerniendo las probabilidades de ayuda, manifestó:

—Creo que no le alcanzará el tiempo para más eucaristías, padre; ya tuvo suficientes. Es bueno que conozca a la primera de las víctimas del robo. Vamos.

Se levantó, tomó el bolso, el abrigo y se dirigió hacia el parqueadero. El padre Milson la siguió como un párvulo detrás de un dulce. Irían a la casa de Analé donde se encontraba Légore.

Durante el camino convirtió en villancico un cántico religioso que susurró el entusiasmo de su nueva profesión: «Investigador de asuntos paranormales en el ámbito religioso». Desconocía el motivo, pero ese fue el cargo que revoloteó en su cerebro. Después del villancico improvisado, lo repitió mentalmente siete veces para no olvidarlo.

La oficial Eminda lo disfrutó igual que un condenado a muerte se apasiona con la idea del último suspiro. Estaba a punto de ajusticiarlo.

Fue Légore quien abrió la puerta. El tímido y desabrido saludo habló de su estado emocional.

Aún conservaba el dolor del hurto como quien conserva el dolor del adiós perpetuo. ¿Quién no? El duelo estaba aferrado a su rostro con las garras afiladas y sangrando angustia emocional que era negra. La palidez de muerte estaba en el alma. Y también era negra por el luto. Hasta sus palabras conservaban el color con la agonía, y su sonrisa también era negra por la ausencia de color.

—Buenos días Légore —se dirigió a ella—. Le presento al señor Milson, un sacerdote emérito experto en fenómenos paranormales. Eso dice. Igual que manifiesta haberse retirado a tiempo del sacerdocio antes de enloquecer con la incompreensión... Cosa que no entiendo conociendo su hobby. Si no le molesta, ya que lo conoce, sería conveniente que lo enterara de su historia. Supongo que él tendrá preguntas para hacerle —dirigió la mirada al sacerdote—. Necesito que se ponga a trabajar en el caso, padre. De sus avances depende mi fe.

Se retiró igual que como llegó: apurada.

Al eclesiástico se le ocurrió decir:

—Creo que mejor la ignoramos y comenzamos de nuevo. ¿Le parece, Légore?

Ella asintió gesticulando una sonrisa fingida.

La oportuna aparición del eclesiástico se convirtió en un analgésico para sus miedos. Aprovechó su presencia como una oferta espiritual al estar en crisis y amedrantada por lo inexplicable, que creyó conveniente narrar las extrañas pesadillas que la acosaban; lo hizo luego de resumir la historia del museo y la desaparición del feto.

Según le explicó con la certeza de haberlo vivido, las continuas manifestaciones de pesadillas de todo tipo se convirtieron en reverberaciones de su dolor. Eran parte del duelo. Narró aquella que más la martirizaba. Se trataba de una exposición de imágenes opresoras colgadas al interior de su cabeza, que tenían similitud con los objetos inertes sembrados en los vientres, pero en sus imágenes, la chatarra, el plástico y los grotescos accesorios tenían la forma humana. Eran verdaderos fetos reciclados. Y a cambio de un ostentoso museo o de una cripta clandestina, estaban expuestos en las paredes laterales de una iglesia como si fueran parte del viacrucis. Los vientres en los cuadros fotográficos tenían dueños.

Eran quince mujeres como las quince estaciones del viacrucis, entre las que se encontraban las víctimas de los hurtos fetales. Su cuadro estaba entre ellos. Todas las fotografías tenían la misma particularidad anatómica: la representación de un gancho de ropa como la cabeza. En medio de la turbación una especie de ángel se le presentaba para persuadirla y protegerla... Siempre sucedió así. Era el único suceso rescatable de la tragedia emocional.

El padre Milson terminó de escucharla casi incrédulo, conmovido, emocionado y casi arrepentido, cuando en su cerebro golpeteaba como canción psicológica el improvisado proverbio que por poco convierte en canto gregoriano:

«Un poco de espiritualidad para alentar al corazón, no un raro pasatiempo que lo asesine sin razón».

—¿Sucedo algo, padre? —preguntó al escuchar los susurros.

—No. Nada. Balbuceé algunos pensamientos y olvidé que no estaba solo. Debe ser un síntoma normal del primer día de trabajo.

Légore sonrió. Era la primera vez que lo hacía desde el trágico suceso.

Capítulo 14

El Gobierno local aprobó presupuesto para el apoyo temporal en la investigación.

La ardua labor de varios días, chapuceando en un océano de conocimiento que significaba una pila de hojas de vida de especialistas en crimen, sociópatas y otras afinidades, finalmente culminó.

La oficial Eminda se decidió por aquella que la sugestionó de forma inquietante y positiva, cuando las competencias y el perfil, encajaban en la tortuosa y anormal investigación.

Estaba sentado frente a ella como un inocente en el patíbulo. Desconocía su agria amabilidad y el don para mutilar la autoestima. Algunos decían que en el fondo era benévola y comprensiva. Demasiado en el fondo dijeron otros, tan profundo que no se podía sondear ni con la imaginación. Otros más de sus compañeros creyeron que sus afectos formaban parte de una consideración tan escasa como un eclipse híbrido, que solamente ocurre diez veces por siglo. Eso indicaba que para sus cuarenta y ocho años, con veintiocho laborando en la policía, debió ser amable y comprensiva dos veces, y estaba a punto de que ocurriera la tercera vez.

Sentirla y verla como una plácida amiga y compañera de trabajo era un acontecimiento forzado. Sus compañeros se deleitaban conversando sobre el tema cuando ya lo consideraban un estilo de vida.

En cierta ocasión que estaba fuera de la oficina, se atrevieron a compararla con las capas de la tierra. Tuvieron la complacencia de especular al buscar las definiciones en la web, y disfrutaron el momento entre risas al hacer las analogías. Pocos fueron los osados, los demás, simplemente disfrutaron al insinuar que siempre estaba cargada de un carácter fuerte.

Ungenio la comparó con la «termósfera», la capa que conduce la electricidad. Vivián manifestó que la «exósfera» compuesta por hidrógeno y helio se asemejaba a su frialdad. Joel aseguró que su carácter aparentaba ser la «corteza», la capa más externa, porque era igual de sólido y no había duda de que estaba formado por rocas. Pero fue Geison quien dio la última opinión y la más acertada:

—Es el «manto». Nos cubre a todos. Su temperatura es muy elevada y algunas de sus rocas están fundidas. Imagino que así deben estar algunas de sus entrañas —expresó.

No pararon de reír por un buen rato. Finalmente coincidieron en que el temperamento de la oficial Eminda se asemejaba al «manto» de la tierra.

Por un tiempo les fue difícil evitar el comparativo mental cuando la tenían en frente, teniendo que soportar el colapso de sus órganos internos, que ser víctimas de su personalidad resentida si se enteraba de la burla.

Frank que la frecuentaba más en el trabajo al ser considerado su brazo derecho, había prometido un almuerzo y licor para el que la hiciera reír. Incluso, había apuestas clandestinas de que este fenómeno jamás ocurriría.

Y allí postrado en la silla a la espera... con el aliento momificado como respuesta a la expresividad artística de la oficial cuando se mostraba como una escultura de metal fría y amenazante, estaba el doctor Sié. De apariencia poco vigorosa pero intelectual que podía leerse en la amplitud de su frente, el escaso cabello ensortijado y la abundancia de canas, su poca barba debajo del mentón y las gafas recetadas. Contaba con medio siglo de vida, diez años más y pocos meses de derroche. Estaba consagrado a la investigación en diversos campos en el agobiante océano de las humanidades y las ciencias sociales. Esa debía ser la causa de su delgadez.

Después de un largo silencio que pareció el tiempo detenido en una curva peligrosa, pronunció:

—Doctor... ¿Sié Lienzo?

Por el tono con que mencionó el apellido, y la mirada con recelo por encima de los lentes esperaba ver en su apariencia la figura de un artista.

—Le aseguro que no tengo nada que ver con paños ni pinturas... si eso le preocupa.

—Leyó mi pensamiento, doctor. Creo que mejor le diré Sié. Así no habrá malestares. Les tengo fobia a los artistas que maltratan la belleza en sus pinturas con sus ideas raras.

Continuó leyendo:

«Sociólogo. Psicólogo. Especialista en psicología social del individuo antisocial. Especialista en procesos de intervención social y comunitaria. Máster en psicología forense y criminología. Doctorado en psicología del envejecimiento y psicopatía. Investigación y experiencia en parapsicología con casos extremos... Tres diplomados. Foros y congresos por doquier. Investigaciones y más investigaciones».

—Nada mal, ¡eh! —Expresó la oficial interesada—. Va con su apariencia. Por lo general, le atribuyen tanto conocimiento a una cabellera larga o una barba abundante. Personalmente no lo comparto. Creo que es más un derroche de las glándulas sebáceas. Hace años conocí a un profesor de

universidad que aparentaba ser un «don Nadie»; chaparro, de figura para nada estética, abdomen semiesférico, poca barba, ni un solo cabello en su cabeza pero inteligente como ninguno. Sabía de todo —saboreó un ligero respiro antes de proseguir.

»Debo decirle que la elección está lista. Quise leerla de nuevo para convencerme de que no tiene vida familiar. Con qué tiempo. El tema de la parapsicología me recuerda que contamos con la ayuda del padre Milson. Es un sacerdote emérito dedicado a la investigación de fenómenos paranormales. Luego los presentaré. Ya conoce el caso que nos mortifica. Está en todos los medios; es el tema de moda. Disculpe, doctor Sié, que no lo relacione con el personal antes de preguntarle: ¿Tiene idea de lo que pueda estar tramando el sicópata del demonio? —lo dijo en forma de susurro, cerca de sus oídos.

—Nada que se me ocurra. Es mi primer día en este caso. Si es que estoy contratado.

—Entiendo —recuperó la postura del cuerpo—. “No dar puntadas sin dedal”. Y... sí está contratado. Ya nos encargaremos del trámite tan pronto terminemos acá. ¿Qué tan bueno es usted para los acertijos?

—Depende de la temática...

—Debo decirle que de nada nos sirve su brillante hoja de vida si no nos da ideas para sacarnos del estancamiento. Creo que tiene material para otro doctorado —dijo la oficial haciendo entrega de la USB—. No me decepcione, doctor. Allí encontrará la grabación de la homilía, y varias declaraciones de las mujeres que perdieron sus fetos de forma misteriosa. Incomprensible hasta para usted que se ha pasado la vida cambiando la tonalidad de su materia gris con el conocimiento —el doctor Sié no le hizo buena cara al comentario que sonó sarcástico en el tono de voz despectivo de la mujer. Prefirió ignorarlo que avivar la indirecta con cualquier palabra—. Estoy convencida que en la grabación puede hallarse parte de la respuesta. Cualquier idea que pueda empollar mientras piensa, hágamelo saber. Dicen que el tiempo de Dios es perfecto, y el nuestro, aparte de ser imperfecto, está desastillado en este asunto y debemos andar aprisa.

Con la información en el dispositivo de almacenamiento y la placidez de un nuevo caso orbitando en su cerebro, se dirigió a la casa para intentar reparar el tiempo desastillado que mencionó la oficial Eminda.

Capítulo 15

Estaba en su oficina asqueada entre papeles y pensamientos inútiles. No hallaba lugar para sus manos que rozaban su cabello, su barbilla, la frente, el celular, los arrumes de papel, y por poco, tocaban el malestar en su estómago que le estaba produciendo la investigación...

No habían pasado cuatro días de haber contratado al doctor Sié, cuando recibió la llamada del superintendente del Departamento de Policía.

Aguijoneado por la presión de la Casa Blanca, que interpretaba el malestar maternal existente en la ciudad como una bomba menopáusica de sintomatología sistémica, cien veces más potente que la bomba de neutrones, tuvo la salomónica idea de sugerir de manera imprevista, la confrontación a cada mujer embarazada que deambulara por la ciudad para averiguar algunos datos de su vida privada, a la espera de obtener información inquietante que facilitara la investigación.

Al interpretar la solicitud como un agravio, la oficial Eminda no soportó la procacidad intelectual del directivo, que de inmediato abofeteó con su temperamento en los mejores días:

—Disculpe, señor, mi atrevimiento. Según capté la malévola y sediciosa idea: ¿Pretende que transforme a todo el Departamento de Policía en ginecólogos ambulantes con armas y uniformes, para consultarles a más de doscientas cincuenta mil mujeres embarazadas en toda la ciudad de Nueva York cómo concibieron sus hijos?, ¿si sostuvieron relaciones con el demonio?, ¿si creen que sus hijos son humanos? Creo que es absurdo. ¿Existe algún formato que deban diligenciar al hacerles el chequeo visual? Si persiste en su idea... le sugiero que la lleve a cabo usted mismo. Que tenga buen día.

Se atrevió a colgar el teléfono.

Fastidiada de que las investigaciones contaran con la reverencia y manipulación de la sabiduría política, no tardó en ejercer presión sobre el doctor Sié.

El teléfono sonó en el estudio de su casa en medio de un silencio ensordecedor que le sobresaltó: corazón, cerebro y pensamientos.

—¿Dígame que tiene algo... así sean mentiras, doctor?

—Aún trabajo en el tema, oficial...

No hubo más que la recomendación de acelerar las ideas en su mollera así

quedara descalcificada por el esfuerzo.

Llevaba menos de una semana convertido en un monólogo deliberando consigo, y dedicado al análisis de la evidencia suministrada, con el embotellamiento de documentos, libros y el computador personal sobre la mesa. Había escuchado la grabación con tal miramiento, que de la exageración en veces la memorizó a la perfección. Hacía falta que su cerebro dosificado de conocimiento encontrara la clave del acertijo.

Estaba seguro que la desaparición de los fetos tenía relación con la extraña conducta del sacerdote...

Repasó una y otra vez las declaraciones de las mujeres entrevistadas. El comportamiento mental de la mujer en la clínica de siquiatría. Y los detalles hablados de la exposición fotográfica en el museo que visitó Légore, con la impresión de haber visto su cuerpo en uno de los cuadros. Aquel que luego desapareció.

Después del tercer cigarrillo y el quinto tinto del día, se centró en las exposiciones fotográficas por el evento casual que vivió Légore Zenal, además de que varias de las mujeres a las que se les hurtó el material genético, relacionaban en sus declaraciones la pasión por fotografiar sus vientres. Incluso, una de ellas estaba obsesionada con ver el rostro de su hijo demarcado en la piel como quien se cubre el rostro con una bolsa plástica, que le había tomado más de quinientas fotografías para seleccionar una.

Por horas, durante días estudió cada detalle del proceso fotográfico, su historia, los primeros experimentos, la función del daguerrotipo y la cámara estenopeica. Fue esta última la que llamó enormemente su atención, cuando leyó parte de la información en la web que decía:

«Cámara fotográfica sin lente, con sólo un pequeño orificio por donde entra la luz».

—Con sólo un pequeño orificio por donde entra la luz —repitió.

Le pareció conocido el argumento, y de repente, igual que los accidentes circunstanciales de grandes experimentos, creyó tener algo. Por enésima vez repitió la grabación del padre Loenzo ubicando aquella parte que decía:

«El hijo de la bestia retornará a la tierra para reclamar su trono. No entrará por puertas ni ventanas... bastará un diminuto orificio. El bien le servirá de resplandor para que todos lo vean. Su imagen será perpetuada como un fantasma en la oscuridad».

Tomó nota susurrando las palabras escritas:

—No entrará por puertas ni ventanas... bastará un diminuto orificio...

Las comparó con parte de la definición de la cámara estenopeica que también anotó:

«...con sólo un pequeño orificio por donde entra la luz».

—Perfecto —dijo— encajan los «orificios». Debo hacer coincidir la parte de la luz.

Leyó de nuevo la segunda parte:

«El bien le servirá de resplandor para que todos lo vean...».

Su rostro se iluminó antes de emitir un juicio.

—Eso es. El «bien» es la luz. Es el resplandor...

Animado, prosiguió con el resto de la frase del padre Loenzo para tratar de encajarla en el tema de la fotografía:

«Su imagen será perpetuada como un fantasma en la oscuridad».

De inmediato hurgó entre sus notas de días atrás buscando las primeras definiciones que leyó en voz alta:

«La fotografía es el arte de pintar con luz sobre un lienzo oscuro... La cámara captura la imagen idéntica a la real. Esta imagen sería permanente después de haberla secado en la oscuridad».

—¡Oh por Dios! Esa es la razón de lo que está ocurriendo — manifestó sobresaltado al levantarse del asiento y llevar sus manos a la cabeza—. No entrará por puertas ni ventanas... lo hará a través de un vientre fotográfico —concluyó el experto.

De nuevo retornó al computador para consultar sobre cámaras estenopeicas.

—Aquí está.

Leyó la primera información que apareció con una fotografía:

«Cámara estenopeica natural. Castelgrande of Bellinzona. Suiza».

—Un sitio así es como el que debemos buscar —expresó.

Sin meditarlo un segundo más tomó el celular y marcó:

—Oficial..., creo que tenemos algo. Le interesará saber a qué nos enfrentamos...

—Ya era hora —respondió—. Estaba seriamente considerando sus servicios. El padre Milson está conmigo. Sería bueno que también lo enterara.

—Iré a su oficina ahora mismo.

Después de colgar suspiró y se dijo:

—Me pregunto si habrá tiempo para otro café con semejante opresiva y sediciosa. Espero que no tenga oídos que escuchen a kilómetros.

Se carcajeó disfrutando el momento y la ocurrencia mientras servía el enésimo pocillo de café concentrado. Una pausa activa que sirvió para aclarar las ideas y construir mentalmente la percepción de lo que suponía, pudo haber ocurrido. Solo faltaba convencer a otros.

Capítulo 16

En menos de media hora se encontraba en la oficina de la oficial Eminda, en el Departamento de Policía. Después de una breve introducción comentó entusiasmado:

—La cámara oscura es el dispositivo formador de la imagen, que como analogía en nuestro caso, es el vientre en papel fotográfico. La cámara captura la imagen idéntica a la real. El vientre de la fotografía captura la imagen del vientre materno. Y tal como ocurre con el procedimiento técnico de una fotografía común, esta imagen sería permanente después de haberla secado en la oscuridad. Esto nos dice que el mal está a un paso de trascender la barrera dimensional y apoderarse de la tierra.

—Por si no lo ha notado... eso ocurrió hace siglos, doctor Sié.

—No me refiero al mal cotidiano que cohabita entre nosotros. Hablo del mal espiritual. El padre Milson sabe de qué hablo.

—Gracias por la indirecta —respondió.

Tras el correctivo interpretativo prosiguió con la explicación:

—Todas las mujeres que perdieron misteriosamente sus bebés debieron ser fotografiadas con anterioridad, pero muy cercano al día del hurto para hacer coincidir la fase de evolución del feto en el tiempo. Esto significa, que el vientre materno y la fotografía sean un espejo. La misma copia; así se dará continuidad al proceso de gestación. El cuadro que Légore conoció y que desapareció, fue real. Existe.

—¿Intenta decirnos que los fetos han sido transferidos a fotografías de las mismas mujeres embarazadas? —preguntó Eminda.

—Es una hipótesis —respondió.

—¿Y así mismo se supone que llegarían esos espíritus malignos?, ¿a través de fotografías?

—Es parte del argumento...

—¿Cuántas películas de fenómenos paranormales ve al día, doctor Sié?

El padre Milson carraspeó la garganta.

Todos lo miraron. Hasta los fisgones del comando que no tenían nada que

ver.

—El doctor Sié está en lo cierto —comentó el Padre—. Si me permiten...

Tomó un marcador y se dirigió al papelógrafo. Dibujó el símbolo tatuado con fuego.

Explicó:

—Lo copié de la mano del padre Loenzo, el día que fui a visitarlo preocupado por su comportamiento. Él mismo me lo enseñó. Dijo no saber nada al respecto. No recordaba cómo o quien se lo hizo. Nada en absoluto. Hasta ahora ignoraba su significado, pero luego de escuchar el razonamiento del doctor Sié... tiene sentido. Falta justificarlo. Esta línea recta representa la espalda, la forma esférica es el vientre materno, el tridente con las puntas hacia arriba es la representación del demonio con su liderazgo, y el diminuto espacio en el centro curvado donde se interrumpe el símbolo, representa el ombligo...

—El pequeño orificio por donde entra la luz —manifestó el doctor Sié agrandando los ojos, que a la vez parecieron agrandar el rostro para continuar encajando en ellos.

Se dirigió al papelógrafo para hacer su aporte:

«El hijo de la bestia retornará a la tierra para reclamar su trono» Está representado en el tridente —lo señaló—. «No entrará por puertas ni ventanas... bastará un diminuto orificio». Es la cámara fotográfica sin lente simbolizada en el ombligo —igual lo señaló—. «El bien le servirá de resplandor para que todos lo vean». Se refiere al feto. Esa es la luz —fue lo tercero que identificó en reemplazo del tridente—. «Su imagen será perpetuada como un fantasma en la oscuridad». No es otra cosa que la fotografía —encerró todo el dibujo en un círculo y le puso por nombre: «Visitante del averno».

Había despedazado la frase del padre Loenzo pronunciada en la homilía descifrando cada parte al hacer la correspondencia, que hizo coincidir a la perfección, con fragmentos del símbolo escarificado en la palma de su mano izquierda.

Todos tenían los ojos agrandados...

—Felicitaciones a los dos, me acaban de vinagrar el desayuno —dijo la mujer.

El doctor Sié continuó con su retórica:

—Hay que hallar los cuadros fotográficos. Averiguar en cuál de los fetos encarnará la bestia. Cuáles son las características que lo diferencian de los demás. Cuál puede ser la participación de Légore. Cuál....

—Respire, doctor Sié —intervino la oficial—. Qué le parece si comenzamos porque nos cuente qué clase de sitio es el que se supone que debemos buscar. ¿Tiene alguna idea?

—Claro que sí.

Basándonos en el principio de la cámara oscura, se proyecta una imagen captada por un pequeño agujero que en este caso es el vientre. El papel fotográfico utilizado es el mate, que se caracteriza porque no brilla y no se refleja. Las fotografías ya existen. Deben estar ocultas en el sótano de algún edificio, habituándose para ser secadas en la oscuridad al momento de nacer: un sitio secreto, algún socavón, un lugar abandonado... Allí están los fetos...

Mostró la impresión de la cámara natural que bajó de la web.

—Dicen que la fotografía no es algo verdadero... Igual que los demonios. Pero los dos existen —comentó Eminda.

El doctor Sié retomó la explicación:

—Supongo que mientras es el momento de parir, cosa que no sé cómo ocurrirá, los fetos dentro de los vientres fotográficos necesitarán un ambiente frío y sombrío con una mínima luz. Estoy hablando de un sótano... enorme o pequeño, en un lugar probablemente abandonado o solitario; un templo, una casa antigua, un taller oculto, una cueva, etcétera —recalcó por segunda vez.

—Si es obra del demonio también aconsejo buscar en los sótanos de las iglesias más antiguas —agregó el eclesiástico.

—¿No se supone que es terreno sagrado, padre Milson? —preguntó Eminda.

—Es verdad. Y supongo que no estaría en los planes de la policía dudar de estos sitios. Pero igual se supone que los eclesiásticos también lo son, y sin embargo, hay quienes con sus acciones turbias profanan la iglesia, los ornamentos sagrados, la hostia consagrada, los objetos litúrgicos y hasta la homilía como ya aconteció con el padre Loenzo. Y a mi parecer, me inclino por pensar que si hay eclesiásticos involucrados en este asunto, no tendrán escrúpulos para ocultar los cuadros allí.

—Por lo que intuyo, padre, el demonio mismo es un secreto oculto en los andares de la religión, que tienta a quienes visten los ornamentos con

inseguridad —comentó el doctor Sié.

—Así es, amigo. La duda posando sobre la fe... la costra sobre la herida —respondió—. Es por lo mismo que no debemos ser considerados ni temerosos al explorar, cuando estamos siendo invadidos por el mal desde nuestras propias acciones. No todos en el clero son un dechado de virtudes...

—Como diga, padre. Entonces haremos lo siguiente: nos concentraremos en la búsqueda de los cuadros fotográficos donde se supone que estarán los vientres con sus fetos. Si los encontramos, tendremos la evidencia para disipar el resto de las dudas y relacionarlas con los responsables.

La oficial Eminda reunió a los agentes, y les dio las nuevas instrucciones para continuar la búsqueda bajo ciertos parámetros, que contemplaba: edificaciones antiguas activas que ostentaran sótanos y túneles. También incluyó rascacielos abandonados de los que estaba inundada la ciudad.

La exploración apoyada por la red de sistemas avanzaba con lentitud en el perímetro urbano de los cinco distritos de la ciudad que nunca duerme. En ese mismo lapso de tiempo el hurto de fetos iba en aumento. La iglesia repudió las acciones de la investigación y acusó al padre Milson de conspirar en su contra luego de que se enterara de su participación.

Capítulo 17

Légore accedió a encontrarse con el padre Milson fuera de su casa. Estaría acompañado de su amigo, el padre Loenzo. El verlo entusiasmado en el caso despertó su interés, por lo que decidió acompañarlo. El café al aire libre que acostumbraban frecuentar al menos una vez al mes en sus encuentros clericales, era el sitio indicado para la reunión.

Ejercitados en la disciplina espiritual, con el rigor de los horarios de las misas para cumplirles al Señor y la comunidad, ya disfrutaban del café, las galletas de mantequilla y la tertulia.

Légore se había retrasado unos minutos. Se acercó sin haberlos advertido. Caminaba distraída con su cerebro embotado de las cosas usuales. No había manera de que su juicio no se enzarzara y sus pensamientos dieran marchas atrás al avistar mujeres en estado de gestación, o ver a madres cargando a sus hijos en el regazo.

Cuando llegó a la mesa donde se hallaban halada por el aire sin darse cuenta, su mirada se cristalizó antes de volverse trizas sin percatarse del entusiasmo del padre Milson y la tranquilidad del padre Loenzo:

—¡Leonzo! —voceó una sola vez para quedar atónita. La conmoción duró milésimas de segundos para un nuevo aire en el que voceó de nuevo incluyendo el apellido:

—¡Leonzo Estepia!

Los clérigos se miraron entre sí, retornando la mirada a su rostro angustiado.

El garfio de su mirada ancló con rudeza en el rostro del padre Loenzo que la contemplaba con naturalidad.

Al verlo luciendo el traje eclesiástico que supone la consagración de la naturaleza humana, y que habitualmente llevaba con orgullo para ser reconocible a los ojos de la comunidad como pertenencia de Dios, sin que la misma comunidad se enterara de su comportamiento cuando no lo portaba ni era a quien le pertenecía, Légore transformó su rostro, para darle vida a una especie de locura existencial forjada súbita entre el suplicio y el espanto. Fue en ese instante en que la mirada se fragmentó, y la ira inesperada hizo proliferar sus miedos más íntimos que rasgaron el tejido de su conciencia. Una premonición satánica se reflejó en su aspecto físico, luego de que la razón se desmoronara para dar paso a la desintegración de su personalidad.

Se había vuelto histérica... Tocó su vientre vacío con ambas manos antes de emprender la huida.

Corrió sin dirección. Los inofensivos gritos del padre Milson para detenerla no fueron más que lazos de ilusión que se descocieron con la realidad.

Los vehículos frenaban súbitos para evitar atropellarla. Todos desconocían que su espíritu ya había sido atropellado minutos antes. Sin embargo, el último no logró eludirla golpeándola con el costado izquierdo para lacerar su cuerpo contra el pavimento.

Se incorporó sin que su cerebro se percatara de otro dolor. Nada detendría su terquedad. Era obvio que huía de algo o de alguien. Parecía un ánima precipitada en un paraje olvidado entre la vida y la muerte... Pero más muerte que vida.

Se perdió a la distancia entre el tumulto de gente y las edificaciones.

Después del suceso sin explicaciones, el padre Milson se despidió de su compañero para intentar localizar a Légore. Cada quien tomó su camino. Tras avanzar algunos pasos dio vuelta y se detuvo para mirarlo. Lo vio marcharse con naturalidad como si nada hubiera sucedido. No se dio por enterado.

Era entendible cuando no la conocía. Se supone.

Analé fue la primera en enterarse del extraño suceso por boca del sacerdote. Los detalles fueron mínimos y su hermana interpretó la huida como una pérdida de interés por el estado depresivo de los últimos días. No aconteció igual con la oficial Eminda que de inmediato esclareció:

—Leonzo Estepia es el padre de su hijo extraviado... Lo tengo en su declaración.

El impacto de la noticia dejó en suspenso la funcionalidad de todos los órganos del cuerpo del sacerdote desde el cerebro hasta la piel. Dio la impresión de haber sido más de un minuto que por poco el alma se ausenta creyéndolo muerto. Luego del reseteo de su cerebro, el maxilar respondió para ajustar la boca cuando también había quedado suspendido.

Había colgado el teléfono sin despedirse. No escuchó cuando la oficial Eminda repitió su nombre una y otra vez. Lo último que le dijo fue: «lo espero en mi oficina». Cosa que no se daría en varios días.

La búsqueda fue inmediata. Los resultados no. Luego de un par de horas, Analé acompañada de Andreu decidió ir a la casa de su hermana. La esperaron impacientes dos horas más mientras llamaban a los centros de urgencias médicas. Zior la olfateó con tiempo y sus ladridos los llevaron a su encuentro.

Estaba a una cuadra de su casa. Había perdido el bolso y los zapatos. Caminaba apesadumbrada con el pavimento quemando las plantas de los pies.

—¡Oh por Dios! ¡Légore! —exclamó Analé.

Los dos se abalanzaron para auxiliarla.

Luego de llevarla a la cama, sumergir sus pies en una ponchera con agua fría, prepararle una infusión medicinal, recostar su cabeza entre sus piernas y acariciar su cabello mientras callaba, Légore recordó que podía hablar.

—Está vivo —dijo.

—¿Quién?, ¿quién está vivo? —preguntó Analé.

—Leonzo.

—¿Quién te lo dijo?, ¿otro anónimo?

—Lo vi.

—¿Estás segura que era él?

—Era él —respondió con certeza.

—¿Dónde lo viste?, ¿habló contigo?, ¿qué te dijo?

—Es el amigo del padre Milson. También es sacerdote —añadió.

—¿Qué dices? Eso diría que...

Llevó la mirada hacia su vientre.

—Sí. Eso supuse. Por eso creí enloquecer.

—¿Por eso se hizo pasar por muerto?, ¿por qué no te dijo la verdad?, ¿y por qué nadie supo dar razón de él?

—Tiene otro nombre.

—Por Dios, Lé gore. Entonces... debiste confundirlo. Las personas se parecen... debiste hablarle. Debiste...

Interrumpió

—No hacía falta. Era él —insistió.

Ahora sus rostros tenían un parecido inigualable y aterrador, más que cualquier otro día; más que lo que hubiera escrito en su ADN.

—Descansa. Mañana hablaremos con el padre Milson. Seguro habrá una explicación...

—No quiero hacerlo. Al menos por ahora.

Analé recordó las palabras del padre Milson cuando la llamó para enterarla. No comprendió el mensaje. Supuso que habría sido mayor su preocupación.

Continuó acariciando su cabello y así sería por un buen rato.

Lé gore no tenía intenciones de vencer su cansancio y se dejó arrastrar en su corriente. Su hermana la despidió con un beso en la frente. Siempre fue así. Era mayor por ocho años y se había convertido en su paño de lágrimas, protectora, consejera, lazarillo, confesora y su mejor amiga.

Se tenían la una a la otra desde la muerte de su madre cinco años atrás. De su padre supieron poco desde la niñez. Alguna vez se enteraron por una tía, hermana de su madre, de que era alcohólico, y que en alguna época fue mujeriego y aficionado al juego de cartas. Pero que a pesar de sus adicciones, nunca les faltó con la comida. Eso fue todo. Ni siquiera mencionó el día de su muerte. Si es que había muerto.

Capítulo 18

El sueño no fue compasivo ni el insomnio amigable. La noche se hizo eterna.

«No temas. Yo tengo tu vientre».

Le dijo el padre Loenzo al oído mientras le acariciaba su barriga vacía. Lé gore mantenía los ojos cerrados, sumisa en el encantamiento del reencuentro. Él tomó su mano y la condujo a su propia barriga. Estaba hinchada debajo de su sotana. Fue el motivo para que le quitara el pasador a sus párpados, quedando de frente a su rostro que bosquejaba una risa maléfica, sin música, que luego se escuchó atrapada en una explosión estridente de instrumentos musicales, igual que vislumbró con claridad su vestidura talar de la que resaltaba el alzacuello.

Antes de que el grito la rescatara arrancó su mano posada en el vientre que era suyo.

Analé corrió a abrazarla. Había decidido pasar aquella noche en su casa cuando el misterioso suceso del reencuentro inesperado con su amigo, era una dolencia anticipada. Por la forma en que la vio llegar, predijo que no sería una noche fácil para que remara solitaria en ella.

La rodeó con sus brazos para atraparla en su regazo y hacerle entender que no estaba sola.

Tenía el corazón palpitando en todo el cuerpo como si estuviera desplazándose veloz por el sistema sanguíneo. Las manos colgaban pesadas sobre la cama para anclarla a ella convirtiéndola en un féretro. Tenía el rostro empapado de sudor, los labios impedidos para hablar y el maxilar tembloroso, que amenazaba con desencajarse. Las lágrimas corrían por sus mejillas sin música de fondo.

Se habían atrofiado sus cuerdas vocales con el grito.

Sobre el lienzo oscuro de la pequeña noche atrapada en el dormitorio, y adulterada con el resplandor de la lámpara, era parte de una pintura alucinante que caracterizaba la existencia crónica de un dolor visceral, originado por las contracciones de los músculos teóricos del alma.

Leonzo Estepia era responsable.

El padre Loenzo Espetia no estaba enterado.

O podría ser al contrario.